EL MOVIMIENTO CONTÍNUO,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO, ORIGINAL,

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA EL PRIMER ACTOR

D. MANUEL CATALINA,

POR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe, la noche del 24 de Diciembre de 1859.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860

AL SEÑOR

DON RICARDO SAN MIGUEL DE BUSTAMANTE.

Amigo mio: nos conocimos, como suele suceder, por una casualidad.

El trato engendró las simpatias, de las simpatias nació la amistad franca y desinteresada que ya nos profesamos.

En Madrid, bajo el traje de sociedad, en el monte bajo el capote de cazador, junto el hogar del guarda, en todas partes, en fin, he hallado en V. el amigo leal, verdadero y desinteresado.

El nombre de V. al frente de esta obra, será un nuevo lazo que estreche, si es posible, mas nuestras buenas relaciones.

Si por una de esas casualidades que el hombre no puede prever llegara un dia á enfriarse nuestra amistad, no olvide V. que para que vuelva á renacer, le bastará con remitirle un ejemplar de esta comedia, que le dedica su verdadero amigo

Enrique Perez Escrich.

Madrid 22 de Diciembre de 1859.

717003

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elmovimientocont00prez_0

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 22 de Diciembre de 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DISTRIBUCION DE LA COMEDIA.

PERSONAS.	ACTORES.
INÉS.....	DOÑA SALVADORA CAYRON.
DOÑA VIRTUDES.....	BALBINA VALVERDE.
DAMIANA.....	ADELA ZAPATERO.
LUIS.....	D. MANUEL CATALINA.
D. ANTONIO.....	JOSÉ CALVO.
D. RUFINO.....	MARIANO FERNANDEZ.
JUAN.....	JOSÉ VILLENA.

La accion se finge en Madrid. La época actual.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas y balcon practicable: á la derecha de la puerta del foro se verá un reloj de pared.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS y DAMIANA, subidos ambos en una escalera de mano, que habrá junto al reloj del foro.

LUIS. Pero este reloj maldito
no se puede componer.
(Á Damiana.)
Trae.
(Le dá un cuchillo, que esta tiene en la mano, con el cual comienza á urgar la máquina del reloj.)

DAM. ¡Ay! que se vá á caer
la escalera, señorito.

LUIS. ¡Bah! no tengas aprension.
No hay aqui riesgo eminente.

DAM. Confiese usted francamente
que es mala mi posicion.

LUIS. ¡Ambicion desmesurada!
¿Con que no te encuentras bien?...
y nunca te has visto en
posicion tan elevada.
(El reloj dá dos campanadas.)
Una... dos... Pero ¿estás tonta?
Sosten el cristal, mujer.

DAM. ¡Vaya!...
LUIS. Yo deseo hacer
una compostura pronta
en el reló: esta mañana
me ocurrió esa idea.
DAM. ¿Loca?
LUIS. Asunto acabado... Toca.
DAM. ¿Y qué tocó?
LUIS. La campana.

ESCENA II.

DICHOS, D. ANTONIO, por el foro, que tropieza con la escalera. Damiana dá un grito.

DAM. ¡Ay!
ANT. ¿Qué haces ahí subido?
LUIS. Componiendo.
ANT. ¡Otra mania!
¿Y tú? (Á Damiana.)
DAM. Le ayudo. (¡Tendria
muy levantado el vestido!)
ANT. Baja.
LUIS. Lo compuse; salgo
adelante con mi empeño.
(Bajan los dos de la escalera. D. Antonio le dice á Damiana señalando la escalera.)
ANT. Llévate eso.
DAM. (Uy, qué ceño!
¿Si se me habrá visto algo?)
(Se lleva la escalera.)

ESCENA III.

D. ANTONIO, LUIS.

ANT. Tambien ha sido rareza
meterte ahora á relojero.
LUIS. No tenia que hacer...
ANT. Pero
¿cuándo sientas la cabeza?
Me canso de aconsejarte

RBC/MCU

y nunca logro mi objeto.
No te puedes estar quieto
media hora en ninguna parte:
ni un solo instante se pasa
sin que una diablura inventes.
Luis, ¿qué dirán esas gentes
que hay hospedadas en casa?

LUIS. No dirán nada, señor,
ni sé por qué usted deplora
que yo... Vamos, pues ahora
(Mirando al reloj.)
apunta mucho mejor.

ANT. De caprichos tan extraños
es natural que me asombre.
¿No piensas que eres un hombre,
que tienes veintidos años?

LUIS. ¿Veintidos?

ANT. Justo: esa es
tu edad.

LUIS. Pues no lo sabia.

ANT. ¿No?... ¡Me gusta!

LUIS. Yo creia
que tenia veintitres.

ANT. Dejemos esa niñada.
Siéntate. Vamos á ver:
¿qué es lo que piensas hacer
en esta vida?

LUIS. (Con naturalidad.) ¿Yo?... Nada.

ANT. (Con asombro.)
¡Nada!... No es poco egoismo...

LUIS. Bien: haré lo que usted quiera,
porque á mí de una manera
ú otra me dá lo mismo.
¿Quiere usted que gane el pan
con el sudor de mi frente?
Corriente, padre, corriente;
si yo no soy holgazan.
Ninguno podrá acusarme
de esa falta; verá usté...
pero... el caso es que no sé
á qué voy á dedicarme.

ANT. Verdad es que has estudiado

poco y á mí me contrista.

LUIS. Aun puedo ser... periodista,
ó ministro ó diputado,
ó poeta ó menestral,
ó médico ó comerciante,
ó músico ó...

ANT. (Dando un grito.) Danzante,
¿no es eso?

LUIS. Á mí me es igual.

ANT. Pensemos con detencion,
y el tono de broma acabe,
porque la cuestion es grave.

LUIS. (Formalmente.)
¿Con que es grave la cuestion?
(Luis se ocupa durante los últimos versos en limpiar con su pañuelo la cadena del reloj de D. Antonio.)

ANT. Pero, hombre, ¿qué estás haciendo?...

LUIS. Yo... limpiando esta cadena:
ya acabé.

ANT. Tambien es buena...

LUIS. Siga usted, ya estoy oyendo.

ANT. Tu madre,—que tenga Dios
en el cielo,—cariñosa
como madre y como esposa,
era amparo de los dos.
La perdimos: mi cuidado
por tí procuré aumentar,
y no debes olvidar
que tu suerte he procurado.
Era mi anhelo constante
verte feliz, complacido,
con carrera... pero has sido
siempre tan mal estudiante ..
La paterna autoridad
nada de tí conseguia,
hasta que me dije un dia:
«Cosas propias de la edad:
tal vez con la reflexion
cambiará de parecer.»
Y hoy, Luis, deseo saber
si yo tenia razon.

LUIS. Si, padre mio; propicio

me siento, dispuesto estoy.

ANT. ¿Eso es de veras?

LUIS. Desde hoy
seré ya un hombre de juicio.
(Se vuelve y mira al reloj: se levanta y su padre le detiene.)
Parece que se ha parado
de nuevo. Voy á ver si...

ANT. Luis, sé formal y dí:
¿Quisieras ser empleado?

LUIS. Toma, con mucho placer.

ANT. ¿De veras?

LUIS. ¿Y eso le extraña?
¿Acaso hay uno en España
que no lo quisiera ser?
Y si á doce mil reales
alcanza la asignacion,
entonces es el turron
mejor que miel en panales;
pues mientras suda á destajo
el incansable escribiente
extractando un expediente
ó revolviendo un legajo,
y á fuer de honrado y metódico
al faltarle el tiempo bufa,
arrimadito á la estufa
yo leeré algun periódico.

ANT. Pues bien; muy pronto sabré
si tu deseo consigo:
hoy mismo veré á un amigo,
al cual le recomendé
ese asunto.

LUIS. (Distraido.) Si, un destino
es hoy el sueño dorado
de un español... ¡Empleado!
¡Oh, magnífico... divino!
¡Ser empleado!... ¡Oh placer!

ANT. ¿Con que aceptas?

LUIS. Me acomodo.

ANT. Para darme gusto en todo
falta que busques mujer.
¿Qué te parece la hija

de don Rufino?

LUIS. No es fea,
pero...

ANT. Su padre desea
casarla; teme que elija
ella un novio torbellino
que su corazon sorprenda;
y que derroche la hacienda
que ha juntado don Rufino.
Quince mil duros, Inés
tiene de dote, es hermosa,
modesta, afable, hacendosa...

LUIS. Padre, cáseme usted, pues.

ANT. Calma; si estás decidido
á no ser mas tarambana...

LUIS. Si, señor.

ANT. Pues bien, mañana
le hablo y su mano le pido.

LUIS. No me parece ese plan
del todo descabellado.
¿Con que un destino?... ¿y casado?
Corra usted...

ANT. ¡Hombre, qué afan!

LUIS. El sombrero... (Se lo pone.)

ANT. ¡Qué!...

LUIS. El baston. (Dándosele.)
Corra usted. (Empujándole hácia el foro.)

ANT. Estoy contento
de tí. Volveré al momento.
(Váse por el foro.)

LUIS. Mi padre tiene razon.

ESCENA IV.

LUIS solo.

LUIS. Ya es tiempo por lo que veo
de pensar con mas aplomo...
Lo dicho: el empleo tomo;
luego me caso, otro empleo.
Con los dos, por decontado,
no me faltará que hacer...

y en verdad que la mujer
que eligió no es mal bocado.
Y ahora que recuerdo, tiene
gracia, el rostro algo moreno...
con dote... debe ser bueno
el dote, si... Me conviene
abandonar los prolijos
afanes, porque á mi edad,
la paz, la tranquilidad,
el cariño de los hijos,
ver la esposa que concilia
con su amor nuestra amargura,
disfrutar de esa ventura
que brota de la familia,
pasar la noche cruel
de enero junto al hogar
ocupado en fabricar
pajaritas de papel,
teniendo á la esposa al lado,
y al niño y á la niñera...
Yo no sé cómo hay quien quiera
ser soltero. Desgraciado
del que la ventura pierda...
Yo no la quiero perder;
porque un hombre sin mujer
es como un reloj sin cuerda.
(Luis se vuelve, mira un momento hácia el reloj de pared, y dice.)
Pues ese, si no me engaño,
de nuevo se ha descompuesto.
Voy á ver.
(Coge la escalera y se dirige hácia la puerta del foro, á cuyo tiempo entra D. Rufino, que recibe un golpe con la escalera.)

ESCENA V.

LUIS, D. RUFINO, con el sombrero apabullado y descompuesto el traje.

RUF. ¡Diablos! ¿qué es esto?
LUIS. (¡Mi suegro!) ¿Se ha hecho usted daño?...

RUF. No.
(Apretándose la espinilla y haciendo gestos de dolor.)
LUIS. ¿Lo dice usted con sorna?
RUF. Hombre, á poco me has partido
la pierna... Vengo rendido.
(Rufino saca un pañuelo, y se quita el polvo de los zapatos, sombrero y demas prendas.)
¡Ay... qué Madrid!... ¡qué Liorna!
¡Uf! ¡cuánto polvo!... mejor
será limpiarme. (Lo hace.)
LUIS. ¿Le ayudo?
RUF. No hay necesidad... Yo sudo
lo mismo que un segador.
LUIS. ¿Le gusta á usted madrugar?
RUF. Si, he salido á paseo...
Miento, Luis, porque creo
que lo que he hecho es rabiar.
LUIS. ¿Cómo es eso?...
RUF. Sin mas norte,
nuevo en la villa del oso,
me dije sin ser curioso,
voy á ver lo que es la córte.
Quien en mi caso se halle,
Luis, ¿no pensaria asi?
Me levanté, me vestí,
almorcé, y me eché á la calle;
pero como es la escalera
mas estrecha que debia,
el aguador que subia
me pisó... ¡y de qué manera!
Salgo á la calle despues,
y aun cuando llevaba prisa,
con objeto de oir misa
entré ahí cerca, en San Ginés;
y mientras mis oraciones
fervientes dirigí al cielo,
me robaron un pañuelo
y cuatro napoleones.
Salí del templo al instante
admirándome del caso,
y distraido, á buen paso
tomé la calle adelante.

De pronto unos empellones
siento; me vuelvo asombrado,
y veo á dos á mi lado
dándose de bofetones.
Corro á apartarlos ligero,
y apenas extiendo el brazo
me encajan un garrotazo
que me apabulla el sombrero.
Viendo su descortesia,
de rábia y furor me ciego,
alzo el baston... y le pego
á uno de la policia.
Furioso el municipal,
grita: «esto es un atropello,»
y agarrándome del cuello
se me lleva al Principal.
Allí el caso se consulta,
y por fin, la autoridad
me otorga la libertad
por cinco duros de multa.
Salgo á la calle en seguida
y anhelando aqui volver,
arranco á todo correr
como liebre perseguida.
Por mí, un simon atropella
á una vieja; y un chiquillo
lo vé, y me tira un ladrillo
que sobre un cristal se estrella.
Uno grita: «¡á Leganés!»
otro: «¡que vá desbocado!...»
y aturdido y sofocado
iba apretando los pies,
oyendo las maldiciones
de todos sin hacer caso,
mientras que me abria paso
á codazos y empellones.
Y entre tanta confusion,
sin saber lo que me pasa,
llego por fin á esta casa,
puerto de mi salvacion.
¡Qué Madrid! Te lo regalo.
Será esto muy divertido,

pero yo vengo molido,
sucio, sin dinero y malo.
(Se deja caer en una butaca, y se limpia el sudor.)

LUIS. Verle de tan mal humor
me desanima á fé mia,
porque queria... queria...

RUF. ¿Qué?

LUIS. Pedirle á usté un favor

RUF. Si... pues dí lo que te cuadre;
te serviré, soy padrino
tuyo...

LUIS. Quiero, don Rufino,
que sea usted...

RUF. ¿Qué?

LUIS. Mi padre.
(Rufino se levanta.)

RUF. Pero, hombre, ¿cómo he de ser
tu padre... Entonces, Antonio...

LUIS. Es que adoro á Inés...

RUF. ¡Demonio!

LUIS. Desde que la llegué á ver.
De su luz á los reflejos
sintió el corazon antojos,
porque sus ojos...

RUF. Los ojos
de mi hija no son malejos.

LUIS. Pues si, la amo, la idolatro.
Tengo, y esta es la verdad,
veintidos años de edad:
dentro de dos... veinticuatro.

RUF. Cabal.

LUIS. No, quiero decir
que soy un hombre...

RUF. Es corriente:
por mí no hay inconveniente.

LUIS. Tambien le debo advertir
que la cabeza he sentado,
que soy otro...

RUF. Lo que es eso
te faltaba, lo confieso.

LUIS. Item mas: seré empleado.
Verá usted cómo penètro...

Y usted, señor don Rufino,
¿por qué no pide un destino?

RUF. ¡Un destino! *Vade retro.*
Si suelen dar unos chascos...

LUIS. ¿No le gusta á usté el turron?

RUF. Al de Alicante ó Gijon,
si es bueno, no le hago ascos.

LUIS. Pues yo de corto no peco,
y no he de quedarme atrás
en la oficina.

RUF. ¿Qué estás
haciendo con mi chaleco?
(Luis durante el diálogo anterior desabrocha el chaleco á D. Rufino.)

LUIS. Nada. (Se vuelve de repente á mirar el reloj.)
¡Calle! se paró...

RUF. ¿Quién?
(Volviendo la cabeza como buscando á alguno.)

LUIS. El reló. Á la motora
le falta un diente.
(Le mete la mano en el bolsillo y le saca el reloj.)
La hora...

RUF. ¡Cómo un diente!

LUIS. (Mirando la esfera del reloj de D. Rufino.)
Este reloj
debe tener suelto el pelo...
y voy á ver si yo salvo...
(Vá á abrir el registro. D. Rufino, que hasta entonces no ha reparado, se lo quita con prontitud, se lo guarda en el bolsillo y se abrocha la levita.)

RUF. No tiene pelos; es calvo.
fué de mi tatarabuelo,
por cuya razon, ya ves
que no es fácil...

LUIS. Bien decia,
que mi ventura veia
en su amor.

RUF. Pero, hombre, ¿Inés
sabe de lo que se trata?
(Luis empieza á arreglar la corbata á D. Rufino.)

LUIS. Yo solo sé que la quiero,
que la idolatro...

RUF. Si... pero...
no me toques la corbata.
LUIS. En fin, estoy decidido:
usted y padre hablarán.
(Juan aparece en el foro. Luis corre á su encuentro y le abraza.)
JUAN. (Entrando.)
Buenos dias.
LUIS. ¡Hola, Juan!
RUF. (Pero este chico está ido.)
(Señalando la cabeza.)

ESCENA VI.

DICHOS, JUAN, que trae algunos libros y los deja sobre la mesa.

JUAN. ¡Don Rufino!...
RUF. Servidor.
JUAN. ¿Y las señoras?
RUF. Tan buenas.
JUAN. Me alegro: y tú, Luisito,
¿cómo sigue esa cabeza?
LUIS. Bien.
JUAN. Fiel á mi palabra, (Á D. Rufino.)
aqui estan las papeletas
para ver lo reservado...
(Sacándolas del bolsillo.)
ahora cuando ustedes quieran,
soy suyo...
RUF. Yo doy á usted
mil gracias por la molestia.
JUAN. ¡Ah!... tambien traigo las gafas
que me dió. (Dándoselas.)
RUF. ¿Ya estan compuestas?
¡Pero usted no tiene precio!
JUAN. Encargo hecho... otro espera.
LUIS. ¿Y cómo van tus negocios?
JUAN. Asi, asi; se pelecha
y nada mas...
LUIS. Este chico
es mozo de mucha fuerza
de voluntad. Se le pone

una cosa en la mollera,
y machaca que machaca,
hasta lograrla no cesa.

RUF. Lo mismo que yo.

LUIS. Metódico.

RUF. Lo mismo que yo.

LUIS. Usted piensa...
pues este llegó á la córte
sin tener una peseta
hace cuatro años. Parece
que le estoy viendo. ¿Recuerdas
aquel gaban que llevabas...

JUAN. ¡Ah! si, el de color de yesca.
¡Qué frio pasé!...

LUIS. ¡Y qué hambre!

RUF. ¡Hambre!

LUIS. Si; pero hambre régia.

JUAN. Pasé seis dias con seis
roscas.

RUF. Hombre, eso es de veras?

LUIS. Si este tiene mas estómago
que el guapo Francisco Esteban.

RUF. Pero hoy en dia...

LUIS. Hoy en dia
es un Rotschild.

JUAN. Te chanceas.

RUF. Vamos, si por fin usted
pudo sacar la cabeza,
menos mal, pues los hombres
que de la nada se elevan...

LUIS. Pues este al mes de llegar
ya era pasante de escuela;
al medio año escribiente
del ministerio de Hacienda;
y con eso y las lecciones
que daba por ahí sueltas,
libres y sanos, juntó
catorce reales de renta.
Al año, de sus ahorros
ya se hizo una capa nueva,
con unos broches de plata
y unos embozos de felpa.

JUAN. Pero, Luis...
LUIS. Este es un cuco....
Apuesto á que en su gabeta
tiene lo menos diez mil
reales durmiendo la siesta.
Vea usté, administrador
del señor duque de Cuenca,
con doce mil anuales,
su genio y las manos puercas...
JUAN. Pero, Luis, ¿no reparas
que á don Rufino molestas
contando...
RUF. Muy al contrario:
me admiro al ver la firmeza
de carácter, la constancia
que en ese pecho se alberga.
LUIS. Y aqui donde usted le vé,
ha acabado su carrera
de abogado.
JUAN. Me glorio
de haberla hecho por mi cuenta.
LUIS. No puedo decir yo tanto.
JUAN. Tú eres rico.
RUF. Aunque lo sea.
JUAN. Ese fué mi único afan
cuando al salir de mi tierra
vine á buscar en la córte
un refugio á mi miseria.
Pero aqui estamos hablando
y tal vez el señor quiera
noticiar á las señoras
que traje las papeletas,
y como el dia está bueno,
si quieren dar una vuelta
por el Prado...
RUF. ¿Tú vendrás,
Luisito?
LUIS. Es claro.
RUF. Pues, ea,
con el permiso de ustedes
voy dentro á ver si se arreglan,
y vuelvo.

JUAN. Pues aqui espero.
RUF. (Este chico es una perla.) (Váse.)

ESCENA VII.

LUIS, JUAN.

LUIS. Me alegro de que nos dejen
solos. ¿Quieres un cigarro?
(Sacando la petaca y encendiendo un cigarro de papel.)
JUAN. ¡Pues no sabes que no fumo?
LUIS. Si, pues lo habia olvidado.
Querido Juan, soy otro hombre,
ya me voy regenerando;
desde hoy seré, como dicen,
un jóven aprovechado.
Nada de vacilaciones.
JUAN. Dispénsame si lo extraño.
LUIS. Figúrate que muy pronto
me vas á ver empleado,
y por fin, chico... á lo sumo
el mes que viene... me caso.
JUAN. ¡Te casas!... Pues eso es grave.
LUIS. Ya lo sé; pero me canso
de vivir asi, es preciso
que yo sirva para algo
y serviré: te prometo
que he de hacer un buen casado.
Nada de infidelidades
con mi mujer: al teatro
los domingos: por las tardes
muy cogiditos del brazo,
ó á la Fuente Castellana,
ó al Retiro á ver los patos;
y por la noche á casita
junto al fuego calentándonos,
y si Dios nos dá algun hijo,
ó dos, ó tres...
JUAN. ¡Hombre!
LUIS. Ó cuatro,
entonces ya es otra cosa.
Como seré padre... es claro,

Inés y yo ya tendremos
con que entretener el rato.

JUAN. ¿Con que es Inés la?...

LUIS. ¿Te gusta?

JUAN. Es bonita.

LUIS. Con su mano
me trae quince mil duros
de dote.

JUAN. ¡De veras!... ¡Diablo!...
¡Quince mil duros!... Pues, chico,
quince mil duros son algo...

LUIS. Yo lo creo.

JUAN. ¿Y ella admite
el negocio?...

LUIS. Hoy dará el paso
mi padre; y es muy probable...

JUAN. Es decir, que aun no lo ha dado...
(Pues ese dote, es un dote
que salva á cualquier cristiano...
en fin, lo tendré presente.
Mas siempre será un obstáculo...
él es rico... en fin, probemos.)
Luis, ¿sabes que Eduardo
nuestro amigo... se halla en África
defendiendo el honor pátrio?

LUIS. ¿De veras?

JUAN. Es un valiente.
La prensa con entusiasmo
cita su nombre.

LUIS. ¿De veras?

JUAN. ¡Oh! Le esperan muchos lauros.
Como yo hubiera podido
marcharme con él, me marcho.

LUIS. En verdad que muchos jóvenes
se marchan de voluntarios.
¿Con que dices que la prensa
se ocupa...

JUAN. ¡Vaya!... Ensalzando
su valor hasta las nubes.

(Luis se queda preocupado é inmóvil, como si pensara algo importante. Juan lo mira, se sonrie, se sienta y coge un periódico.)

(Ya se halla preocupado.
¡Ay!... que á mí los quince mil
me tienen en igual caso.
Pues, señor, á ver si viene
la niña.) (Lee un periódico.)

LUIS. (Hablando consigo mismo.) Seria un rasgo
digno de elogio... y despues,
yo tengo un aire simpático,
marcialidad, corazon,
y cuando el sol africano
queme el cutis de mi rostro
puedo ser un buen soldado,
y si llego á general,
como otros muchos llegaron...

JUAN. Á propósito... Luis...
Hé aqui los nombres de varios
jóvenes que por su patria
su familia abandonaron.

LUIS. Á ver. (Cogiendo el periódico y leyendo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, INÉS, VIRTUDES [1].

JUAN. (Corriendo á su encuentro.) Señoras...

INES. (Á Luis.) Luis.
(Sigue leyendo.)

VIRT. ¿Me hizo usted aquel encargo? (Á Juan.)

JUAN. ¿Cómo no, siendo de usted?
(Saca un libro que entrega á Virtudes.)
Vea usted lo que le traigo...
Señorita... (Á Inés.)

---

1 La actriz que desempeñe la figura de Doña Virtudes nunca debe soltar el libro de la mano. Las entradas y salidas debe hacerlas fingiendo leer con interés. Como algunas veces el diálogo le pone en el caso de interrumpir la lectura, convendria que llevara suspendido del brazo un ridículo grande ó CABAS de cañamazo, en donde meterá el libro, volviéndolo á sacar de allí para continuar leyendo tan luego como se lo permita la fábula de la obra.

INES. (De mal humor mirando á Luis.) Buenos dias.
JUAN. (Es mas suave que un cardo.)
VIRT. *El abate Joselin.* (Mirando el libro.)
Será del género cándido...
JUAN. De Lamartine.
VIRT. Es mi género.
(Se sienta y lee para sí.)
INES. Luis...
LUIS. Voy. Al momento acabo. (Sigue leyendo.)
INES. Pues me gusta.
(Se sienta demostrando el mal humor.)
JUAN. (Acercándose á Inés.) (Á esta muchacha
la encuentro no sé qué encanto...)
Le traigo á usted las agujas, (Á Inés.)
como usted verá, hay de varios
colores. (Le dá una cajita pequeña.)
INES. Son muy bonitas.
(Á Juan despues de mirarlas.)
¿Qué lee Luis? (Señalando á Luis.)
JUAN. El Diario.
(Habla en voz baja. Virtudes lee.)
LUIS. (Me decido... Voy á ver
ahora al capitan Fajardo.
Me explica el modo y manera
como debo dar el paso,
y despues veré á mi padre,
me dá permiso y me marcho.)
Buenos dias, Inesita.
Dispensa, estaba ocupado...
INES. ¡Ya das señales de vida!
Ya era tiempo.
LUIS. Mira, hablando
formalmente: ¿á tí te gustan
los militares?
JUAN. (¡Ya caigo!)
INES. Tal pregunta...
LUIS. Con franqueza.
VIRT. (¡Qué estilo tan elevado!...) (Leyendo.)
LUIS. ¿Si ó no?
INES. Pues bien, francamente,
un militar cuando es guapo
no me disgusta.

LUIS. ¡Oh ventura!
INES. ¡Qué dice!
LUIS. Esta noche parto.
(Cogiendo el sombrero.)
Abur.
INES. ¿Pero qué, te marchas?
LUIS. Si.
INES. Qué, ¿no vamos al Prado?
Si el papá me ha dicho...
LUIS. Vuelvo...
(Llegando al foro y volviendo al proscenio.)
Oye: te amo, te idolatro.
INES. ¡Cómo!...
LUIS. Sin tu amor, la muerte.
INES. ¡Jesus!
JUAN. No le haga usted caso.
VIRT. (Leyendo.)
¡Oh, qué dulzura! ¡qué frases!
¡qué conceptos!
RUF. (Saliendo.) ¡Eh, muchachas!
LUIS. Vuelvo. La patria, la patria
reclama á los esforzados.
(Váse precipitadamente por el foro.)

ESCENA IX.

INÉS, VIRTUDES, JUAN, D. RUFINO.

RUF. Pero ese chico está loco,
¡qué patria ni qué ocho cuartos!...
JUAN. ¡Qué viveza!
INES. Demasiada.
RUF. Tiene la cabeza á pájaros.
INES. ¡Qué lástima!
JUAN. Yo lo creo.
RUF. Todos mis planes frustrados.
Yo que creia salir
á paseo... ya no salgo.
Él era mi acompañante,
y estas habian pensado
dar una vuelta... paciencia:
ya lo veis... por mí...

JUAN. Si acaso
salir ustedes desean,
con gusto las acompaño.
INES. No, muchas gracias.
JUAN. (Á Inés.) Sin duda
le seria á usted mas grato
ir con Luis que conmigo.
(Hablan en voz baja.)
VIRT. Rufino, oye este rasgo. (Sin dejar de leer.)
RUF. Si, muy bonito. (Se aleja.)
VIRT. ¡Grosero! (Sigue leyendo.)
RUF. ¿Salimos ó nos quedamos? (Á Inés.)
INES. Si usted quiere, iré á vestirme.
RUF. Tú has de decidir.
INES. ¡Yo!
RUF. ¡Claro!
JUAN. Parece que Inés no tiene
ganas.
RUF. Hace un sol de Mayo.
JUAN. Mejor dia...
RUF. Ea, á vestiros,
y á ver si viene entre tanto
ese calavera.
INES. (Á Virtudes.) ¡Tia!
VIRT. ¿Qué quieres? sobrina.
INES. Vamos.
VIRT. ¡Qué situacion! mucho siento
dejarla.
RUF. ¿Cae algun rayo?
VIRT. Tú siempre serás de pueblo.
RUF. Como tú: somos hermanos.
VIRT. Ya acabé los doce tomos (Á Juan.)
de la novelita *El Rapto*.
JUAN. Yo le traeré á usted varias.
VIRT. Cuando gustes. (Á Inés.)
JUAN. Si no causo
molestia, tendré un placer
en acompañarla.
(Juan saluda á Inés, esta le devuelve un saludo frio y dice á su tia.)
INES. Vamos.
RUF. Ponte el vestido de seda;

que vean los cortesanos
que tambien en Albacete
hay gente de tiros largos.

INES. Si vuelve Luis...

RUF. Es corriente.

INES. ¡Qué lástima!... ¡y es muy guapo!
si él sentara la cabeza...

JUAN. Inés...

INES. Beso á usted la mano.

(Entra en el cuarto de la izquierda: Doña Virtudes la sigue leyendo.)

ESCENA X.

D. RUFINO, JUAN.

JUAN. ¡Tiene un rostro sobrehumano
su hija de usted! ¡celestial!

RUF. Gracias.

JUAN. Dichoso el mortal
que logre su hermosa mano.

RUF. Qué, ¿le gusta á usted, galopo?...

JUAN. El que al ver tal perfeccion
no la rinda adoracion,
no es un hombre, que es un topo.

RUF. Puede que lejos no viva
el mozo que es aspirante
á su mano...

JUAN. ¡Hola! ¿hay amante?

RUF. Si, señor; en perspectiva.
Pero un obstáculo ofrece
esa boda proyectada.

JUAN. ¿Cuál?

RUF. El novio.

JUAN. ¡Pues no es nada!

RUF. Porque, en verdad, no merece...
¡Mas que quiere usté!... es un chico
á quien hice yo cristiano,
y si me pide su mano,
como él es rico y soy rico,
si se aman... á lo hecho pecho;
porque me he echado la cuenta

que si se dá por contenta
yo me doy por satisfecho.

JUAN. ¡Pues, señor, bravo!... me alegro
y solo ansio una cosa:
que sea feliz la esposa
y muy venturoso el suegro.
Y pues tantas perfecciones
Dios sobre ustedes aduna;
anhelo que la fortuna
vierta en ustedes sus dones.

RUF. Su amistad nos favorece,
pues no merezco en verdad...

JUAN. Solo inspira la amistad
aquel ser que la merece.

RUF. (Tiene este chico un talento,
que me llega á cautivar.

JUAN. (Por lo que pueda tronar
le debo tener contento.
Porque si al tal don Rufino
logro inclinar á mi lado,
para mi plan tengo andado
ya la mitad del camino.
Y no me ha de costar tanto,
porque es hombre que se humana
pronto... y... por la peana
se empieza á adorar al santo.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. ANTONIO, por el foro.

ANT. (Entrando.) Me alegro de hallarte. Quiero
hablar contigo.

RUF. Háblame.

JUAN. Entonces...

RUF. ¿Se marcha usté?

JUAN. Muy pronto volver espero,
pues quisiera acompañar...
á ustedes en su paseo,
si es que quieren.

RUF. Ya lo creo.

JUAN. Pronto vuelvo. (Por probar

y como en tono de broma,
por mí mismo aqui veré
si es verdad aquello de
poco á poco se vá á Roma.)
(Juan coge el sombrero y sale por el foro.)

ESCENA XII.

D. RUFINO, D. ANTONIO.

ANT. ¿Y Luis?
RUF. Há poco salió.
ANT. ¿No sabes adónde fué?
RUF. Lo que es eso, no lo sé.
ANT. ¿Y tardará?
RUF. ¿Qué sé yo?
Si ese chico es un azogue:
escapó como un lebrel...
tú no harás carrera de él,
como antes no se desfogue.
Yo le dejaria hacer
cuanto le diera la gana,
porque asi, tal vez, mañana
se cansará de correr.
ANT. Pero, hombre, ¡mas libertad
de la que yo le concedo,
y, sin embargo, no puedo
lograr nada!....
RUF. Eso es verdad.
ANT. Por esa misma razon
ya de su génio aburrido,
hoy me encuentro decidido
á darle una ocupacion.
Vengo de ver á Llorente,
el secretario de Estado,
y Luis será colocado
en uu destino decente.
RUF. ¿Con que ya distes el paso?
Si aquietarle consiguieras...
ANT. Y luego, como tú quieras,
el mes que viene le caso.
RUF. ¿Le casas?

ANT. Si, con tu chica.
El lazo matrimonial
hace al hombre mas formal.
RUF. Si, la mujer domestica,
y si no dígalo yo,
que era mas malo que un trueno,
y el matrimonio fué el freno
que, al fin, me domesticó.
ANT. Si quieres, pues, que arreglemos
el negocio sin testigos,
como dos buenos amigos
hablemos del caso.
RUF. Hablemos.
ANT. ¿Tú tienes inconveniente
en que se casen los dos?
RUF. Por mí, que los haga Dios
dichosos; si ella consiente...
ANT. Es claro.
RUF. Pues como á Inés
el casamiento le aflija
no la caso, que mi hija
es antes que el interés.
Aunque yo, por lo que he visto,
creo que mal no le cuadre;
pues ya sabes tú que un padre
siempre tiene el ojo al Cristo.
Y entre los dos observé
simpatias y cariño...
ANT. Le conoce desde niño,
no es extraño.
RUF. Ya se vé.
ANT. Lo dicho.
RUF. Dicho se queda:
si á la chica le acomoda,
arreglaremos la boda
lo mas pronto que se pueda.

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS, por el foro.

LUIS. Hola, señor don Rufino.

Adios, querido papá.

ANT. Ven aqui, mala cabeza.

LUIS. ¡Cómo!...

ANT. Tenemos que hablar.

RUF. (¡Qué lástima que este chico
no tenga el genio de Juan!)

ANT. Me tienes muy enojado.

LUIS. ¿Yo?... ¿por qué?

ANT. Porque te vas
sin decir una palabra.

RUF. ¡Quién se acuerda de eso ya!

ANT. Abraza á este caballero.

LUIS. Con mucho gusto. (Abraza á D. Rufino.)

RUF. ¡Truhan!
¡Al fin te llevas la chica!...

LUIS. ¿Qué chica? (Distraido.)

RUF. (Asombrado.) ¡Me gusta!

LUIS. ¡Ah!...
ya caigo. ¿Se habla de Inés?...
¡Otro abrazo! (Le abraza.)

RUF. (Rechazándole.) (¡Me vá á ahogar!)

LUIS. Soy el hombre mas feliz...
el mas dichoso mortal...
¿Con que me caso?... ¡Oh ventura!
Corro á verla.
(Se dirige hácia el cuarto de Inés. D. Rufino se interpone.)

RUF. ¿Dónde vas?

LUIS. Á verla.

RUF. Se está vistiendo
y no puedes...

LUIS. ¡Qué más dá!
¿No ha de ser pronto mi esposa?...
Hoy ó mañana, es igual.

ANT. Mira, Luis; todas las cosas
hechas con método y plan
salen mejor acertadas.

LUIS. ¿Salen mejor?...

RUF. Claro está.

ANT. Ahora vá á salir Inés.

LUIS. ¡Oh dicha!

ANT. Déjame hablar.

El señor, su hija y su hermana
dentro de poco se irán
á dar un paseo... y tú
les puedes acompañar.
Por el camino procura
ganarte su voluntad,
y cuando sepas si Inés
te quiere... como ya está
don Rufino en el negocio,
pides su mano formal,
y dentro de algunos dias
os llevamos al altar.

LUIS. Todo lo que usted me dice
me parece natural...
pero corra usté á buscarla,
don Rufino.

RUF. Voy allá;
pero ¿serás hombre grave?

LUIS. Si, señor; grave y formal,
silencioso, taciturno,
lo que ustedes quieran... mas
aun de lo que quieran. Pero...
¿no se vá usted?

RUF. Voy. ¡Qué afan!
(Como cumpla su palabra,
del mal el menos.)
(Entra en el cuarto de Inés.)

ESCENA XIV.

D. ANTONIO, LUIS.

LUIS. Papá,
es usted el mas amable
de todos cuantos papás
fueron sembrando esa prole
que se llama humanidad.
Déme usté un abrazo. (Le abraza.)

ANT. Luis.
basta ya de divagar.
He visto al señor Llorente,
y muy en breve tendrás

el destino.

LUIS. (Como pensando.) ¿Qué destino?

ANT. Hombre, ¿no te acuerdas ya
de lo que hablamos há poco?

LUIS. Pero, señor... ¡por piedad!
¡Yo empleado!... ¡Yo sujeto
á un cambio ministerial!
Expuesto á verme cesante
y á tener que mendigar
los favores de un portero...
¡pues no me faltaba mas!

ANT. Pero, muchacho, ¿te olvidas
que tú mismo...

LUIS. ¡Bah, bah, bah!
Yo no tengo vocacion
para empleado. ¡Á mi edad
encerrarme en la oficina!...
Eso fuera criminal.

ANT. Pero, Luis, ¿tú estás loco,
ó es que quieres acabar
conmigo?

LUIS. Pero, señor,
cuando matándose estan
allá en los campos del Riff
por el honor nacional
nuestros valientes soldados,
con mi genio y con mi edad,
¿cree usted que es decoroso
que yo me ponga á extractar
expedientes?...

ANT. ¡Pero, Luis!...

LUIS. Dispénseme usted, papá;
pero yo estoy decidido
y quiero ser militar.
Mi resolucion es firme;
sabe usted que soy tenaz,
y que muy pocos me ganan
á fuerza de voluntad.
En fin, voy á sentar plaza,
si á usted no le viene mal;
pero le juro que pocos
conmigo se han de igualar.

Ó me matan, ó hago suerte,
que al fin la marcialidad
de mi cuerpo, la energía
de mi corazon estan
pidiendo á gritos...

ANT. (La jaula.)

LUIS. La faja de general.

ANT. ¡Jesus, María y José!
Pero, hombre, ¿quieres callar
y no decir desatinos?

LUIS. Ya le he hablado al capitan
Fajardo, y al coronel
hoy me quiere presentar;
y despues que yo le hable,
usted...

ANT. Yo no puedo mas.
(Dejándose caer en una silla.)

LUIS. Vaya, no se aflija usted,
que no se me comerán.

ANT. Luis, si quieres hacerme un
favor, tírate al canal.

LUIS. Para morir en la guerra
como un valiente. Ademas,
el estruendo del combate,
la chacota del vivac,
ver enfrente al enemigo,
oir el bronce marcial
que nos incita al combate.
Lanzarse sin vacilar,
rápidos como la tromba
que empuja la tempestad,
sobre esos perros infieles;
y oir el cañon zumbar,
y luchando cuerpo á cuerpo
con el fiero musulman
caer revuelto entre sangre,
muerto de tanto matar...
¡La gloria! ¡La guerra! ¡Al África!
Tará, tatí, tará, tá..
(D. Antonio se levanta.)

ANT. Eso es lo mas divertido
que se puede imaginar.

Véte, á ver si un cabo loco
ó algun fiero musulman,
de algun tajo te rebanan
el cuerpo por la mitad.

LUIS. ¡Oh! ¿Con que usted lo celebra?

ANT. ¡Pues no lo he de celebrar!

LUIS. ¡Viva España!

ANT. ¡Viva España!
¡Ay! qué bien dice el refran,
que un loco hace ciento.

ESCENA XV.

DICHOS, INÉS, D. RUFINO, VIRTUDES.

RUF. Luis,
ya estamos todos acá.

LUIS. Inés...

INES. Estoy resentida
contigo...

LUIS. ¡Oh! no hagas tal,
pues tu enojo mataria
toda mi felicidad.

RUF. Con que ¿vamos á paseo?

VIRT. ¡Cuánto siento no acabar
este capítulo!

RUF. (Á Virtudes.) ¡Hay rayos!
(Virtudes deja el libro y lanza una mirada de desprecio á Rufino.)

VIRT. No hay rayos; hay un patan,
incapaz de sacramentos.

LUIS. ¿Vamos?

VIRT. Sí.

LUIS. ¿Vamos allá,

RUF. ¿Al Retiro?

INES. Adonde quieran:
me es enteramente igual.

ESCENA XVI.

DICHOS, DAMIANA, por el foro.

DAM. Ahí buscan al señorito.
LUIS. ¿Y quién?
DAM. Un señor capitan.
LUIS. ¡Es Fajardo!... Adios, Inés.
INES. ¿Nos dejas?
LUIS. Adios, papá.
Don Rufino, ustedes pueden
salir, los iré á buscar.
ANT. Luis...
INES. (¡Grosero!)
LUIS. ¡Oh ventura!
La patria... la dicha... la...
(Luis desaparece precipitadamente por el foro: todos se quedan extáticos mirándose unos á otros. D. Antonio hace un movimiento como para seguirle. Rufino y Damiana reprimen la risa: de pronto todos rompen en una carcajada estrepitosa. D. Antonio cae sobre una butaca y dice:)
ANT. Está visto: este muchacho
acaba en un hospital.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

VIRTUDES, sentada junto á la chimenea con un libro en la mano. INÉS á su lado; DAMIANA en el fondo, arreglando algo.

INES. ¡Pero, Jesus!... ¡Tia, es mucho!...
usté siempre está leyendo!
VIRT. Tampoco tengo otro vicio;
y ademas, me instruyo, aprendo...
Con tu permiso.
(Sigue leyendo. Inés hace un movimiento de despecho, se levanta, vé á Damiana que se dirige á la puerta del foro y la llama.)
INES. ¡Damiana!...
no te vayas y hablaremos.
DAM. ¿De qué?
INES. De lo que tú quieras,
me es igual...
DAM. Si, pues... hablemos...
de lo que usted guste.
INES. Bien...
de lo que te plazca.
DAM. Bueno;
á mí me es igual.

INES. Y á mí. (Pausa.)
VIRT. (Leyendo.) ¡Parece que lo estoy viendo!
¡qué interés tán palpitante!
¡qué detalles! ¡qué conceptos!
(Sigue leyendo.)
INES. Damiana, estoy aburrida.
DAM. ¿Si?...
INES. Como lo oyes.
DAM. Lo siento.
INES. He venido á divertirme
y no he logrado mi objeto,
porque en esta casa, todos
estan locos: no hay mas cuerdos
que tú y yo!... ¿Pero no hablas?
DAM. Hablaremos... hablaremos...
¡ah! ¡ya lo sé! de un regalo
que esta mañana me hán hecho.
INES. ¿Quién?...
DAM. Un amigo de casa,
un jóven, un caballero
que es mejor que el pan.
INES. ¡Si!...
DAM. ¡Vaya!
Mire usted; este pañuelo
que por su clase ha costado
doce pesetas lo menos:
es de estofa.
INES. (Mirando el pañuelo.)
Y muy bonito.
VIRT. (¡Oh! ¡magnífico! ¡soberbio!
¡Qué lástima que Dumás
sea un poquito embustero!)
DAM. ¿Le gusta á usted?
INES. Sí me gusta.
¿Pero quién es el sujeto
¿que te ha regalado...
DAM. Es...
don Juan...
INES. ¡Ah!... es él...
DAM. Por supuesto
que no vaya usted á creer
nada malo de este obsequio.

Si viera usted cuán amable,
cuán complaciente, cuán bueno
es ese jóven señor
con todos!...

INES. Si, no lo niego.

DAM. Quiere mas á don Rufino...
y á usted le tiene un respeto...

INES. ¿De veras?... Dime, ¿y Luis?...

DAM. Ha salido.

INES. No, no es eso
lo que pregunto.

DAM. No atino...

INES. Lo que yo decirte quiero
es, que si Luis... ¿Entiendes?

DAM. Pues ahora lo entiendo menos.

INES. (¡Qué torpeza!) Nada.

DAM. Nada...
(Quiere andarse con rodeos...)

INES. ¡Damiana!

DAM. ¿Qué manda usted?

INES. Nada.

DAM. ¡Nada! (Ya te veo.)

ESCENA II.

DICHOS, JUAN y un mozo que trae unos libros, una pecera de cristal con peces de colores, y un baston-caña de pescar.

JUAN. ¿Se puede?

DAM. ¿Quién?

INES. Adelante.

DAM. ¡Ay! ¡qué bonitos?...

INES. ¿Qué es eso?...

JUAN. Peces de color.
(Indica al mozo que deje los objetos sobre la mesa y que se marche.)

VIRT. (Dirigiéndose á Juan.) Á ver...
¿Se ha acordado usted de aquello?

JUAN. Le traigo á usted veinte tomos
de novela... Con que creo...

VIRT. Es usted lo mas amable...
Á ver...

(Juan le indica los qué habrá dejado el mozo encima de la consola. Virtudes corre allí y los examina.)

INES. ¿Y para qué es esto?...
(Señalando el bambú.)

JUAN. Es la caña de pescar
(Juan arma la caña de pescar, y luego de enseñarla, la deja al lado en la chimenea.)
con todos los aparejos
para el señor don Rufino;
porque si mal no recuerdo,
es aficionado.

INES. Mucho.
Se vá á poner mas contento...

VIRT. ¡Vaya una aficion bonita!

JUAN. Segun parece, ¿en el pueblo
hay pesca?

VIRT. Hay tres lagunas...
cuando llueve en el invierno.

INES. Y esta caja ¿qué contiene?

JUAN. Mire usted, un catalejo
para don Rufino.
(Lo saca y se lo presenta á Inés.)

INES. Á ver.
Buenos cristales... (Mirando con el anteojo.)

JUAN. Por eso
lo compré.

INES. ¿Pero estos peces?...

JUAN. Si usted no se enoja, quiero
los admita como prueba
de la amistad que le debo.
Yo sé que usté en Albacete
tiene un jardin.

INES. En efecto.

JUAN. Que hay una fuente...

INES. Es verdad.

JUAN. Donde usted puede tenerlos,
por cuya razon me tomo
la libertad...

INES. Los acepto.

JUAN. Ahora falta lo mejor.

INES. ¿Trae usted mas?

JUAN. *El Correo*
(Saca el periódico y se lo entrega.)
de la moda. Usted me dijo...
(Saca de uno de los bolsillos el citado periódico.)
INES. (Lleva un almacen de géneros
en sus bolsillos.) Mil gracias.
JUAN. Bonito traje, ¿eh? (Mirando al figurin.)
INES. ¡Soberbio!
VIRT. Mire usted, la mayor parte
(Bajando al proscenio.)
los he leido. (Por los libros.)
JUAN. Lo siento.
Traeré mas.
DAM. Es muy fino. (Á Inés.)
¿No es verdad?
VIRT. (Leyendo.) *El Bandolero*,
tres tomos... no la conozco.
La Caverna de los negros.
JUAN. (¿Hay novedades?) (Á Damiana.)
DAM. (Á D. Juan.) (Ninguna.)
VIRT. ¿Pero no toma usté asiento?
JUAN. Señoras, yo sentiria
molestar...
INES. ¡Oh! nada de eso.
JUAN. Entonces... (Se sienta.) ¿Vá usté esta noche
al teatro?
INES. Yo no puedo
asegurar; mas mi padre
creo que tiene el proyecto
de ir al Príncipe.
JUAN. ¿Y Luis?
INES. Salió.
(Juan vá á dirigir la palabra á Inés, y se detiene.)
JUAN. (Soy un majadero.
Siempre que estoy á su lado
me aturdo, me desconcierto,
y este es el peor camino
para llegar á mi objeto.)
VIRT. Jesus, entre tanto fárrago
ni un original encuentro.
Mucho se traduce.
JUAN. Mucho,

ya lo vé usted.

VIRT. Ya lo veo.
Yo admiro esos escritores
que agotan todo su genio
en traducirnos las obras
de allende los Pirineos,
solo porque las leamos
los que el francés no sabemos.
(Sigue leyendo.)

JUAN. La encuentro á usted triste... (Á Inés.)

INES. (Distraida.) ¡Á mí!

JUAN. Digo... me parece al menos... (Pausa.)

DAM. Si usted no me necesita,
yo me voy por allá dentro.

INES. Puedes irte.

DAM. (Bajo á Juan.) Apriete usted.

JUAN. (Dices bien, haré un esfuerzo.)
Pues bien, Inés...

ESCENA III.

DICHOS, DON ANTONIO, puerta segunda.

ANT. ¿No ha venido?

JUAN. (¡Qué oportunidad de viejo!)

INES. No señor.

ANT. Segun parece
habrá ido recorriendo
todo Madrid.

VIRT. (Leyendo.) El lenguaje
no parece muy selecto,
pero hay interés.

ANT. ¿Y el Duque,
sigue bien?

JUAN. Siempre tan bueno.
A propósito, me ha dado
para usted... Aqui lo tengo,
los seis mil duros...

ANT. Acciones
de carreteras...
(Lo deja sobre la mesa y extiende un recibo.)

JUAN. (Á Inés.) Deseo

hablar con usted á solas
y confiarla un secreto.

ANT. El recibo...
(Levantándose de la mesa y entregándole un papel, que Juan guarda en su cartera.)

JUAN. Si no hay prisa.

ANT. Y dígale usted que espero
darle muy buenas noticias
de la mina *No te encuentro.*

ESCENA IV.

DICHOS, D. RUFINO, foro.

RUF. Dios guarde á ustedes, señores,
y con permiso. ¡Estoy muerto. (Sentándose.)

INES. ¿Ha paseado usted mucho?

RUF. ¡Mucho!... Ya ves cómo vengo.

ANT. ¿Y Luis?

RUF. ¡Échale un galgo!

ANT. ¡Cómo!

RUF. Mas yo te prometo
que otra vez para salir
antes alquilo un gallego,
porque lo que es con tu hijo,
francamente, vá uno expuesto
que al revolver una esquina,
si te he visto, no me acuerdo.

ANT. Pero, hombre, ¿qué ha sucedido?

RUF. Antonio, te compadezco.

INES. ¡Pero hable usted!

ANT. Hombre, acaba
de una vez.

RUF. Oye el suceso.
Cogidos ambos á dos
del brazo, con gran cordura
ibamos á la ventura
por esas calles de Dios.
Sobre su génio le hacia
una y otra reflexion;
«tiene usted mucha razon»
á todo me respondia.

Y hasta llegó á confesar
que muy poco cuerdo anduvo
con la mania que tuvo
de querer ser militar:
y haciéndome un juramento,
dijo: «Desde hoy, don Rufino,
»emprenderé otro camino.»
Pero, hombre.!. en aquel momento
que me hablaba tan formal,
junto á una esquina parado
se queda, adonde pegado
habia un cartel bestial.
Nos pusimos á leer
aquel programa infinito;
mas de pronto lanza un grito,
se suelta y echa á correr.
La idea se me ocurrió
de seguirle, inútilmente;
como habia tanta gente,
al fin se me escabulló.
Al principio esperé allí
su vuelta... una hora mortal:
me cansé, y le dí un real
á un mozo, y me trajo aqui.

JUAN. Es mucho chico...

ANT. En resumen,
¿te dejó solo?
(Rufino afirma con la cabeza.)

VIRT. (Leyendo.) El Corcel,
capítulo...

RUF. Yo con él
ya no salgo aunque me emplumen.

ANT. ¿Y el palco, le compró?

RUF. ¡Cá!...

VIRT. (Leyendo.) Este trozo es excelente.

JUAN. Yo tengo uno casualmente
en el bolsillo. Aqui está. (Dándole.)

RUF. Este hombre es un almacen.

JUAN. Si le ofende...

RUF. No me enojo.

INES. Tambien trajo este anteojo.

RUF. Si... (Mirándole.)

INES. Y esto... (La caña de pescar.)
RUF. (Por los peces.) ¡Y esto tambien!
Segun por lo que aqui se halla,
nadie hay que á dudar se atreva,
que usté en los bolsillos lleva
una tienda de quincalla.
¡Buena caña!... ¿Y tú no pescas?
(Á Antonio.)
ANT. No.
RUF. ¡Qué caña! ¡No habrá muchas
como ella!... ¡Lo que es las truchas
este invierno, ya estan frescas!
Digo, digo, y ¡qué aparejo!
VIRT. Oye este pasaje, hermano.
RUF. Vuelvo. (Dejando la caña,)
JUAN. (Creo que me gano
las simpatias del viejo.)
(D. Rufino dejó la caña encima de la consola.)

ESCENA V.

DICHOS, LUIS por el foro.

LUIS. Loco vengo de contento.
ANT. ¡Vienes loco!... Es natural:
casualmente ese es tu mal.
LUIS. ¡Oh!... ¡Qué triunfo!... ¡Qué talento!...
¡Si yo me he quedado extático
al mirar su nombre escrito!
Lo dicho, papá: Benito
es todo un autor dramático,
pues ya su sien coronada...
¿Ustedes no saben?...
ANT. Yo,
nada... (Se sienta.)
INES. ¡Ni yo! (Se sienta.)
RUF. ¡Ni yo! (Se sienta.)
LUIS. ¡No!...
ANT. ¡Aqui no sabemos nada,
nada!... ¿Lo ha entendido usté?...
LUIS. ¡Nada!... Pues, señor, me extraña...
¡Si lo sabe toda España!...

En fin... yo lo contaré...
Mi amigo Benito Bustos
ha hecho ejecutar un drama,
que le está dando mas fama,
mas dinero y mas...

RUF. Disgustos.

LUIS. Está usted en un error:
de su misma casa vengo,
y pruebas muy claras tengo
de lo contrario... El autor,
de poetas rodeado
que celebran su talento,
vive feliz y contento
por el aplauso arrullado.
Ninguna pena le inquieta,
es chico que medrará.
Pero... ¡qué vida, papá!
¡Qué vida la del poeta!...
Trasmitir las impresiones
que arden en su altiva mente,
del público inteligente
en todos los corazones.
Verle anhelante, intranquilo,
aplaudir entusiasmado
hora un rasgo inesperado
ó una belleza de estilo;
y llegarle á fascinar
sin que pueda resistir
el deseo de aplaudir,
y lo que es mas, de llorar.
Y en fin, tener el poder
con su ingenio creador
de trasmitir el dolor,
de derramar el placer,
de adquirir fortuna, fama,
gloria, nombre esclarecido...
Papá, yo estoy decidido,
voy á componer un drama.
(Se dirige á la mesa, se sienta, arregla unos papeles y escribe, haciendo gestos y ademanes. Todos le miran con asombro.)

ANT. (Como hablando consigo mismo.)

¡Loco!... Loco rematado.

VIRT. (Con entusiasmo.)
Y lo escribe bien; de fijo.

ANT. (Paseándose por la escena.)
¡Señora!...

VIRT. Deje usté á su hijo;
¿no vé usted que está inspirado?

RUF. Pues solo eso necesita...

VIRT. Tengo razon...

JUAN. Me dá pena.

RUF. ¿Y si la obra no es buena
y le encajan una grita?...
Se cubre entonces de luto,
y el público descontento
dice: «Con tanto talento,
»¡que lástima!» ¡Y es tan bruto!

LUIS. (Dirigiendo la palabra á D. Rufino, y escribiendo al mismo tiempo.)
¿Y si yo lograra hacer
un gran plan?

ANT. ¡Por Belcebú!
¿qué planes has de hacer tú?

LUIS. Ya tengo el título.

VIRT. ¡Á ver!...

LUIS. (Leyendo en un cuaderno de papel.)
Tirano, monstruo y vampiro
del mar glacial...

ANT. (Tapándose los oidos.) Por favor...

LUIS. *Ó el mas infeliz amor.*

ANT. ¡Y no hay quien le pegue un tiro!

RUF. Pues eso del mar glacial
en la Mancha gustaria.

LUIS. La admiracion causaria.

INES. Es muy claro... (Reprimiendo la risa.)

JUAN. Es natural.

ANT. Responde, infeliz: ¿no ves
en tu ofuscada razon
que eres una admiracion
con dos manos y dos pies?

LUIS. ¡Pero esto es mucho, señor!

ANT. No hablemos mas de este asunto.

LUIS. Pero...

ANT. Nada... hagamos punto
final.
LUIS. Pero...
ANT. Hazme ese favor. (Se marcha.)
RUF. (Es un mozo incorregible.)
LUIS. (Y me echan la culpa á mí...)
Vamos, con un padre asi
no haré nada... es imposible.
Inés, convence á papá.
INES. ¿Yo?... ¡Dios me libre!
LUIS. ¡Qué escucho!...
INES. ¡Adios!... Qué trabajes mucho
en tu drama. ¡Já, já, já!
LUIS. ¡Se rie!
INES. (Á Juan.) Juan, ¿vendrá usted
al teatro? (Habla en voz baja con Juan.)
LUIS. (¡Como me exalte!)
JUAN. No es posible que yo falte...
INES. ¡Puntual!
JUAN. ¡Oh! no faltaré.
(Inés saluda y entra en su cuarto con Damiana.)
RUF. Mira, Luis, te aconsejo
una tormenta en el mar,
que allá iremos á silbar
todos... (Se rie.)
LUIS. (¡Me carga este viejo!)
RUF. ¡Ah! pon puñal y veneno.
¡Já, já! (Entra en su cuarto.)
LUIS. ¡Le hace á usted reir!...
JUAN. Yo te prometo aplaudir
en la noche de tu estreno.
¡Já, já, ja!
(Entra en el cuarto de D. Rufino.)
LUIS. (Conteniéndose.) Pues si el furor
estalla al fin que aqui siento... (El pecho.)
VIRT. (Acercándose á él.)
Jóven, tiene usted talento;
hágase usted superior.
LUIS. Señora...
VIRT. Usted es poeta,
yo soy algo inteligente:
desprecie usted á esa gente,

nadie en su patria es profeta.

ESCENA VI.

LUIS, DOÑA VIRTUDES.

LUIS. ¡Esta mujer me comprende!...
me comprende... si, señor;
me lo dice la energia
con que aqui me defendió.
(Á Virtudes.)
¿Lo está usted viendo, señora?
Por mas que vierto el fulgor
de mi inteligencia en ellos,
no me entienden; se acabó.

VIRT. No es usté el solo en el mundo...

LUIS. Ya lo creo; quiso Dios
que fueramos tanta gente...

VIRT. No digo eso...

LUIS. ¡Aaah!

VIRT. Digo yo
que otros seres como usted
viven de su corazon,
sin que nadie les comprenda,
sin escuchar una voz
amiga que les responda
á los suspiros y á los...
¡Qué bien que pintó esto Karr!
Mejor que Walter Scott.
Y eso que el divino Walter
para eso de descripcion...
¿Con que decididamente
usted quiere...

LUIS. Ser autor.
Quiero ver lo que es el mundo
mirado tras un telon.
Quiero que cuando me saquen,
porque esto es ya de rigor;
piden que salga el poeta,
como si fuera un leon,
para verle y decir luego
si es jóven, si es calvo ó no,

la dama me mire tierna,
me aplauda el apuntador,
que á mis pies, hecho una ostra,
está en aquel tornavoz;
y que hable de mí la prensa,
y en todo el radio español
con su trompeta la fama
pegue un soplido feroz.
En cuanto al plan de la obra,
eso es cosa de cajon.
Fijo la vista en un punto,
me fumo un cigarro ó dos,
reconcentro las ideas,
prenso la imaginacion,
me bebo á sorbos pausados
una copa de licor
y urdo una intriga dramática
que ni el mismo Calderon.
Voy á darle á usté una prueba.
Una niña y su tutor;
don Tello y don Juan, galanes;
su criado, Melocoton.
El conde Garcia, tuerto,
enamorado y traidor;
una dueña y dos esbirros
de la santa Inquisicion.
El tuerto quiere á la chica,
la chica dice que no,
el tutor no dice nada,
porque no es muy hablador.
Don Tello y don Juan se pegan,
el conde escapa veloz;
pero al volver una esquina
le coge la Inquisicion.
La chica casa con Cristo,
para casarse mejor.
La dueña desesperada,
se tira por el balcon.
Pongo aqui una moraleja
é invoco el nombre de Dios.
Los amigos, que ya esperan
la caida del telon,

gritan mudando de tono:
(Mudando la voz.)
¡El autor!... ¡salga el autor!...
Entonces sale el galan
y dice con emocion
adelantándose... La obra
que hemos tenido el honor
de ejecutar esta noche,
es original de don...
y antes que acabe... ¡que salga!
gritó un amigo veloz,
temeroso de que fragüe
el público algun complot.
Saluda... se vá hacia el foro,
entra... y salimos los dos.
Él dice con ademanes,
yo no he hecho nada... el autor...
y el autor dice: señores,
cuidado, que no soy yo.
Y asi los dos ofreciéndose
aquel triunfo halagador,
y andando cuál los cangrejos
hácia trás... baja el telon,
y aturdido, mareado
de uno en otro bastidor,
me llevarán en volandas,
exclamando ¡Ah! ¡Uf! ¡Oh!...
Y entonces agradecido
de aquel éxito feroz,
regalo á la dama un moño,
doy al galan un baston,
un almuerzo á mis amigos,
un petardo al editor;
pongo mi fotografia
junto á la Puerta del Sol,
y ya soy lo que se llama
un conocido escritor.

VIRT. ¡Oh alma grande! ¡Cuál conoce
de este siglo seductor
las mentiras y los *puf*,
que estan siempre haciendo *pof*.
Profundo como Balzac,

fértil cual Victor Hugó,
como Federico Soulié
tierno de imaginacion,
llegará usté adonde quiera.

LUIS. Muchas grácias.

VIRT. Si, señor.

LUIS. (¡Qué alma tiene esta mujer!
¡qué ternura! ¡qué pasion!
El alma es una gran cosa,
si; ¡pero el cuerpo es atroz!)

VIRT. Cuando tenga usted un acto,
don Luis, reclamo el honor
de escucharle la primera.
Me está dando el corazon...

LUIS. ¿Qué le dá á usted?

VIRT. Muchas cosas,
y todas buenas.

LUIS. Mejor.
El mio no me dá nunca
mas que alguna desazon.

VIRT. Porque es jóven todavia
y no ha recibido el sol
del amor de una mujer;
y como que es una flor,
segun dice Ana Radcliff
en su *Castillo de Horgobh*,
la flor sin sol y sin riego...

LUIS. (Vaya si tiene razon.)
Cúideme usted este tiesto,
(Señalando al corazon.)
hágame usté ese favor.

VIRT. ¿Cómo?...

LUIS. Como que la amo.

VIRT. ¿Por qué razon?

LUIS. Sin razon,
pues si en el amor la hubiera
ninguno tendria amor.
El caso es que yo la quiero.

VIRT. ¡Tan pronto!...

LUIS. De sopeton.
Y dígame usted que si,
no me diga usted que no,

porque con ese desden
seca mi imaginacion.
Ni comenzaré mi drama,
ni pedirán al autor,
ni pondré mi vera efigie
junto á la Puerta del Sol,
ni seré lo que se llama
un conocido escritor.
Hágalo usted por la obra...

VIRT. (De caridad digo yo
que me la haces, y no floja.)
Ya vé usted, Luis, el pudor...

LUIS. Míreme usté á esos pies
rompiéndome el pantalon.
¿Qué me dice usted?...

ANT. (Entrando.) ¡Muchacho!

RUF. ¡Hola!

VIRT. ¡Que hay gente, por Dios!
(Sale precipitadamente.)

ESCENA VII.

LUIS, ANTONIO, D. RUFINO.

ANT. Pero hombre, ¿tú te has propuesto
acabar conmigo?...

LUIS. No.
Necesito á esa mujer,
la necesito.

ANT. ¡Qué horror!
¿La has visto bien de perfil?

LUIS. ¡Tiene una imaginacion!...
Ya verá usted cuántas obras
hacemos entre los dos.

ANT. ¡Imposible!

LUIS. ¿Cómo qué?

ANT. Inés...

LUIS. ¡Que me despreció!
¡Inés que prefiere un traje
de moiré antique á mi amor!
Inés, que cuando se lava
se dá con polvos de arroz...

RUF. Oiga usté, eso es mentira;

que se lava con jabon.

LUIS. Que á cuanto yo digo *si*,
se planta ella y dice *no*.
En fin, criada en un pueblo...
no puedo amarla.

RUF. Mejor;
porque te aseguro, hijo,
que eras una proporcion...

LUIS. Ella se lo pierde.

RUF. ¿Qué?

LUIS. ¿Un poeta como yo
con una loquilla?...

ANT. ¡Mira
que te rompo el esternon!

LUIS. ¡Amenazas!...

ANT. ¡Soy tu padre!

LUIS. Yo he cumplido veintidos,
y ya me canso de estar
viviendo en la Inquisicion.
Aqui se mata mi ingenio,
aqui se apaga mi voz,
y en fin, papá, yo la quiero...

RUF. Luisito...

LUIS. Haga usté el favor
de no hablarme.

ANT. ¡Deslenguado!...
le dejo, porque si no
hago una barbaridad.
Vamos. (Váse con don Rufino.)

LUIS. Vaya usted con Dios.

ESCENA VIII.

LUIS solo.

Por no querer el cilicio
de Inés, soy inconsecuente...
Pero señor, esta gente
no tiene chispa de juicio.
Casarse, es un grave paso
que debe verse primero...
yo me casaré... si quiero,
porque si no, no me caso.

Mi padre me predicó...
tan poco el sermon entiendo,
que de todos voy creyendo
que el mas juicioso soy yo.
No hay un muchacho en España
mas propenso á la indulgencia...
¡Si tengo tanta paciencia
como un pescador de caña!
(Reparando en la caña de pescar.)
¿De dónde salió este avio...
Me viene en este momento
de perilla. ¡Cuánto siento
que esté tan lejos el rio!...
Es verdad que allí... aunque fuera,
como no pesque un pañal,
ó un pañuelo... menos mal,
pescaré en esta pecera.
Para cebo, me conviene
una oblea, si, esto es;
voy á ver si pesco á Inés
todos los peces que tiene.
(Se sube en una de las mesas, y desde allí pesca en la pecera, que estará encima de la chimenea.)

ESCENA IX.

LUIS, INÉS.

INES. Yo le necesito hablar.
LUIS. ¡Qué posicion tan tranquila!
INES. Un desaire me horripila.
LUIS. ¿Si empezarán á picar?...
INES. Luis, ¿qué te haces ahí tan fresco?
LUIS. ¿Pues no lo estás viendo, Inés?
INES. Yo tengo que hablarte.
LUIS. Pues
estoy ocupado; pesco.
INES. ¡Si, pues te das buena maña:
estas tan sério y tan feo!...
¿Qué demonios miras?
LUIS. Creo
que se me tuerce la caña.

INES. Escucha con atencion
lo que te voy á decir:
te lo ruego.

LUIS. Bien: oir
no quita á la profesion.

INES. Aunque sé lo que me debo
por mi clase y mi belleza,
te quiero hablar con franqueza.

LUIS. Un pez ya codicia el cebo.

INES. Soy jóven, soy bella y rica;
mas de un jóven de buen talle
ha estado haciendo en mi calle
cierto animal...

LUIS. ¡Ay, que pica!

INES. Pero yo que en tí pensaba,
porque yo pensaba en tí,
á todos mis novios dí
pasaporte.

LUIS. ¡Ay, que se clava!

INES. Y aunque ajena de mi edad
tanta formalidad sea,
quiero hablar...

LUIS. ¡Pícara oblea!

INES. Con mucha formalidad.
Tu excesiva ligereza
no es un falso testimonio.
Luis, mira que el matrimonio
te hará sentar la cabeza.
El hombre desde el nacer,
tras un dolor tan profundo,
en cuanto es en este mundo
es hijo de la mujer.
De ella nace, de ella vive
en la infancia, de ella luego,
se quema en amante fuego
y de ella el amor recibe.
Por ella á la gloria vá,
por ella quiere la vida,
si está enfermo, ¿quién le cuida?
Sus hijos, ¿quién se los dá?
Ella es quien vela afanosa
por su dicha desde niño,

que no hay un tercer cariño
como el de madre y de esposa.
Y de cuánto él llega á ser
en la guerra ó en el arte,
lo mejor, la mayor parte
es la mujer, la mujer.
Y tras de tanto favor
de quien su dicha preside,
la pobre mujer, ¿qué pide?
amor, un poco de amor.
Y eso se le niega... ¡Ah!
no vale un grano de anis
el que no concede, Luis,
un poco á quien tanto dá.

LUIS. Calla por Dios, criatura,
sobrado te entiendo ya;
pero me dedico á la
amena literatura.
Y aunque me pese tu pena,
digo, para que no dudes,
que si yo pesco á Virtudes...

INES. Pescarás una ballena.
Bueno: tu propio castigo
llevarás en tu pecado:
deseo verte casado
con ella, y ella contigo.

LUIS. Me alegro.

INES. Y ten endendido
que al casarte con Virtudes,
como no haga Dios que enviudes,
morirá en tí tu apellido.

LUIS. Corriente.

INES. Y se reirán
todos de tí.

LUIS. ¡Y á mí, qué!...

INES. Y despues me casaré,
para que rabiés, con Juan.
Y ojalá, porque corone
tu dicha, que, á mas de fea,
vieja y ridícula... sea...
¡Jesus!... Jesus me perdone.

LUIS. ¡Amen!—Mas, hija, me extraña

tu carácter.

INES. ¡Ay!... Yo sudo.

LUIS. Haz como yo, pacienzudo
como un pescador de caña.

INES. (Vamos, yo me voy á ahogar.)

LUIS. Inés, hoy de varios modos
en el mundo pescan todos.
¡Oh, gran arte el de pescar!

INES. ¡Papá! (Dando un grito.)

LUIS. (Ya pide socorro.)

INES. ¡Papá!

LUIS. (Ya se desespera.)
Hoy me compro una chistera,
un aparejo y un gorro.

ESCENA X.

DICHOS, D. ANTONIO. D. RUFINO y D. JUAN.

RUF. ¡Hija!

JUAN. ¡Inés!

RUF. ¡Mas tú llorando!...

LUIS. Llorando de amor por mí.

ANT. ¡Y tú tan tranquilo!

LUIS. Si.
Yo, ya lo vé usted, pescando.

INES. Yo no lloro por su amor,
le desprecío...

RUF. Muy bien dicho.

ANT. Baja, Luis.

JUAN. (¡Vaya un capricho!)

LUIS. Pero...

ANT. Baja... Hazme el favor,
porque si no, soy capaz...
(Luis baja, pero sin soltar la caña, que la debe llevar hasta el final del acto cogida con una mano y á discrecion sobre el hombro.)

LUIS. ¿De qué?

ANT. (Asombrado.) ¡Pues no me provoca!

LUIS. Es que yo...

ANT. Cierra esa boca;
tengamos la fiesta en paz.

JUAN. (Á Inés.)
(¿Le ha ofendido á usted?)
INES. (Á Juan.) Un poco.
JUAN. (Yo que la respete haré...)
INES. (¡Bah! Don Juan, déjele usté:
¿quién hace caso de un loco?)
(Hablan en voz baja.)
ANT. Ven acá. (Á Luis.)
LUIS. Vamos á ver.
¿Qué es lo que usté se propone?
Sepamos...
ANT. ¡Dios me perdone!
¿Si querrá razon tener?
LUIS. ¿Si la tengo?... Claro está.
Veo que usted se ha empeñado
en hacerme desgraciado,
y por fin lo logrará.
Mata usted mi inspiracion,
me trata usted de mal hijo;
pero usted será, de fijo,
causa de mi perdicion.
Pero no importa, adelante;
y pues quiero entrar en caja
y usted por do quier me ataja,
seré un pillete, un tunante,
un gandul, un calavera,
un borracho, un pendenciero,
un petardista, un fullero,
hasta que enferme y me muera.
Y en fin, pues la autoridad
paterna asi me disfama,
voy á ser lo que se llama
un jóven calamidad.
ANT. ¡Vá á ser causa de mi muerte!
Véte de casa, pues creo...
RUF. Pero, hombre...
LUIS. Vaya usté á paseo.
ANT. ¡Hum!... Me voy, no quiero verte. (Váse.)
RUF. Pídele perdon.
LUIS. ¿Quién?
RUF. ¡Tú!
¡Porque si en cólera monto!...

LUIS. Oiga usted, manchego tonto,
á mí no se me hace el bú.
RUF. ¡Insolente!... ¡Á tu padrino!...
LUIS. ¡Qué padrino!
RUF. ¡Deslenguado!...
LUIS. ¡Viejo!
RUF. ¡Yo estoy sofocado!
(Juan é Inés sujetan á D. Rufino, que coge una silla amenazando con ella á D. Luis: este alza la caña para defenderse.)
INES. ¡Padre!
JUAN. ¡Señor don Rufino!...
Pero, Luis, ese lenguaje...
LUIS. (Amenazando á Juan.)
¿Y á tí quién te mete?...
INES. (Cogiendo á su padre.) ¡Oh!
RUF. Vámonos, porque si no...
JUAN. Hablaremos. (Á Luis.)
(Entran los tres en el cuarto de D. Rufino.)
LUIS. Buen viaje.

ESCENA XI.

LUIS, luego DAMIANA.

LUIS. ¡Con que me despiden! ¡Bien!
¡Damiana! (Llamando y sale por el foro.)
El saco de noche.
Mete en él cuatro camisas,
el frac y unos pantalones
y espérame en la antesala.
DAM. Pero, señorito...
LUIS. Oye:
¿tú tienes dinero?
DAM. Yo,
ya lo sabe usted, soy pobre.
LUIS. ¿Pero mucho?
DAM. Es decir, mucho...
LUIS. Dílo...
DAM. Yo...
LUIS. No te sonrojes:

la pobreza no deshonra.

DAM. Tengo tres napoleones.

LUIS. Pues mételos en el saco
y serás inglesa. Corre.

DAM. ¡Qué! no, señor, yo no soy
inglesa... ¡si soy de Móstoles,
y muy servidora suya!

LUIS. Cándida... inocente jóven,
que ingoras esa moderna
calificacion, que el hombre
dá al prójimo que le asedia.
Al ser que sin mas razones
que porque un dia prestó,
tal vez con rédito enorme,
se le concede el derecho
de que juzgue lo que comes,
lo que vistes, lo que calzas,
si vas á pié ó vas en coche,
si vas al café, al teatro,
si paras, si luego corres,
si fumas... y hasta del aire
que respiran tus pulmones.
Dáme los cincuenta y siete,
que mas vale que lo ignores.
Y cuando llegue la hora,
—tú mi largueza conoces—
en vez de tres, es muy fácil
que ponga en tu mano doce.

DAM. ¿Los pongo en el saco?

LUIS. Si.

(Váse Damiana.)

Aun hay criaturas nobles.

ESCENA XII.

LUIS, DOÑA VIUTUDES, sale y se queda junto á la puerta de su habitacion.

VIRT. ¿Don Luis?

LUIS. ¿Es usted, señora?

VIRT. Todo lo he oido.

LUIS. ¿Si?... Entonces

escúcheme usted.—Mañana,
á esa hora en que recorren
las sábias burras de leche
con paso veloz la córte,
agobiado por el peso
de sus desdichas enormes,
habrá buscado otro mundo
la alma sensible de un hombre.

VIRT. (Su padre le precipita...)
Escuche usted, noble jóven.

LUIS. No escucho á nadie.—Este fuego
(Por el de la chimenea.)
consuma las impresiones
que mi ardiente fantasia
trasmitió... á estos borradores.
(Luis coge todos los papeles que habrá sobre la mesa y los arroja á la chimenea.)

VIRT. Deténgase usted.

LUIS. (Dejando caer la plancha de la chimenea.)
Ya es tarde.

VIRT. ¡Nuevo Neron!... no te goces
en destruir lo que puede
darte un glorioso renombre.

LUIS. ¡Dios me mira!.. ¡Dios es justo!

VIRT. ¡Al fuego! (Gritando.)

LUIS. No dé usted voces.

VIRT. (Gritando.) ¡Que se vá á matar, Rufino!

ESCENA XIII.

DICHOS, D. ANTONIO, D. RUFINO, D. JUAN, INÉS.

RUF. ¿Dónde está el fuego?

LUIS. Señores,
adios...

INES. Se marcha...

LUIS. Hasta el valle
de Josafat.
(Váse con la caña al hombro.)

ANT. ¡Luis!...

VIRT. ¡Jóven!...
Todo lo ha quemado; al fuego

por fin lanzó los borrones
que tenia en esa mesa...

ANT. ¿En esa mesa? ¡San Jorge!

VIRT. ¡En la chimenea!

ANT. (Corriendo á la mesa.) ¡Ah!!
(Busca y no encuentra las acciones.)
¡Mis acciones... mis acciones
(Corre á la chimenea..
de carreteras!... ¡Ceniza!
¡Me perdió! Dios le perdone.
¡Seis mil duros!

TODOS. ¡Seis mil duros!

RUF. Pues, señor, el trueno doble.
(Todos se quedan asombrados. D. Antonio se deja caer en una butaca.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO, D. RUFINO.

ANT. La incertidumbre me abate.
¿Dónde estará?
RUF. ¡Qué sé yo!
ANT. Acaso se levantó
la tapa...
RUF. ¡Qué disparate!
Tu inquietud de raya pasa!
desecha tales ideas.
Luis volverá.
ANT. No lo creas.
RUF. ¿Qué ha de hacer fuera de casa?
ANT. ¡Aturdido! Haber quemado
con el drama seis mil duros...
RUF. Peores fueran tus apuros
si se lo hubieran silbado.
ANT. Desde hoy crece mi secreta
aversion á la poesia.
¡Y hay padres que todavia
quieran un hijo poeta!...
RUF. Deja ya las reflexiones.

Vamos, tranquilízate...,
ANT. Ahora que me acuerdo...
RUF. ¡Qué!
ANT. Rufino, si no te opones,
olvidar será prudente
el pactado matrimonio
con tu hija...
RUF. Si, si, Antonio,
me parece conveniente.
Te agradezco la franqueza,
porque, al fin, he conocido
que aun tiene para marido
muy ligera la cabeza...
ANT. Es cierto.
RUF. Tan loco... tan...
me armaria cada riña...
y... he notado que la niña
tiene inclinacion á Juan.
ANT. Algo mas vale ese novio:
¡Qué servicial! ¡Qué oportuno!...
RUF. Servicial... como ninguno,
y eso que á veces le agobio.
ANT. ¡Qué honrado!... ¡Qué atento!
RUF. Eso
digo yo...
ANT. ¡Qué buen amigo!
¡Tan obsequioso!...
RUF. Eso digo
yo.
ANT. De veras me intereso
por él.
RUF. Dicen que alcanzó
cuanto tiene por su celo.
ANT. Será un marido modelo,
feliz...
RUF. Eso digo yo.
No reñiremos jamás.
ANT. ¿Por qué Dios no me habrá dado
un hijo tan aplicado?
RUF. Y él huérfano... ahí verás.
El que trabaja y se priva
de la holganza y el deleite,

es lo mismo qne el aceite,
que siempre sube hácia arriba.
Pero el hombre que al trabajo
no quiere doblar el lomo,
ese es lo mismo que el plomo,
que siempre se hunde hácia abaj

ESCENA II.

DICHOS, D. JUAN, por el foro.

JUAN. ¡Uf! Vengo rendido.
ANT. (Con ansiedad.) ¿Y bien?
JUAN. No le he encontrado.
ANT. ¡Oh, dolor!
RUF. ¿Fué usté al Iris?
JUAN. Si, señor,
ANT. ¿Y á la Zarzuela?
JUAN. Tambien.
Busqué con ánsia mortal
á su hijo todo el dia,
desde el Prado á la Armeria,
desde Atocha á Fuencarral.
Pero, nada, no le encuentro,
y Madrid corrí á destajo,
por arriba, por abajo,
por afuera y por adentro,
y por...
RUF. Vale usté un tesoro.
JUAN. Mil gracias.
RUF. Lo dicho, dicho.
JUAN. Tan solo por un capricho
hasta fuí al Campo del Moro.
RUF. Pues no iria usted despacio.—
¿Y qué hay por Sierra-Bullones?
JUAN. ¡Si hablo de las plantaciones
que estan al pie del palacio!
RUF. ¡Ah!...
ANT. ¡Pronto aparecerá
su cadáver! ¡Hijo mio!. .
JUAN. Cálmese usté, amigo mio;
le encontraré...

RUF. Basta ya.
(¿Á que se lo trae encima?)
JUAN. Fuí al colegio de San Cárlos,
y puedo tranquilizarlos.
No ví nada en la tarima.
ANT. ¿De veras?
JUAN. Yo se lo juro.
ANT. Usted calma mi tormento...
RUF. Fíate en su juramento,
le encontrará, de seguro.
El señor... y no es lisonja,
es un hombre extroordinario:
sabe mas que un comisario,
habla menos que una monja.
Y no hay mueble, ni artefacto,
ni dije... sea el que quiera,
que al pedírselo cualquiera
no lo presente en el acto.
Ya puedes tener antojos
y pedirle... á Satanás;
busca en el bolsillo, y... trás,
te lo presenta á los ojos.
Sin duda heredera fué
su mano lista y creadora,
de la caja de Pandora
y del arca de Noé.
En fin, le admiro confuso,
y hay veces que, no te asombre,
yo creo que tiene este hombre
la magia de *Macaluso*.
JUAN. Don Rufino, usté exagera...
RUF. Esta es la pura verdad.
JUAN. Con fuerza de voluntad
hace lo mismo cualquiera.
ANT. Don Juan, en usted confio.
Me siento tan fatigado...
JUAN. Descanse usted sin cuidado.
(Le dá el brazo y le acompaña hasta la puerta del gabinete.)
ANT. ¡Oh! ¡gracias amigo mio! (Entra.)

ESCENA III.

D. RUFINO, D. JUAN.

JUAN. El pobre de don Antonio,
si no pierde la cabeza...
RUF. Ya vé usted, tiene bastante
motivo para perderla.
JUAN. Luis le dá tan malos ratos.
Vea usted qué diferencia
de él á mí. Si mi buen padre
por dicha mia viviera,
¡de cuántos goces habria
rodeado su existencia!
Mas murió sin conocerle.
RUF. Son cosas que Dios decreta,
amigo mio, y no hay mas
que conformarse y paciencia.
JUAN. (Ocasion mas oportuna
creo que no se presenta.
¡Valor!) Señor don Rufino,
¿le gusta á usted la franqueza?
RUF. Hombre, ¿pues no ha de gustarme?
JUAN. El caso es que yo quisiera...
RUF. Acabe usted.
JUAN. Don Rufino,
las simpatias engendran
la amistad: yo las tengo
hácia usted muy verdaderas.
RUF. Tambien usted me es simpático;
le pago en igual moneda.
JUAN. Eso consiste sin duda
en que hay semejanza inmensa
entre el carácter de entrambos.
RUF. Pues no habrá gran diferencia:
usté es un jóven metódico,
yo tambien daré una prueba.
Mire usted, allá en el pueblo
soy hombre de mucha regla.
Mi criada ya lo sabe,
en cuanto las doce suenan,

aunque no me encuentre en casa,
pone la sopa en la mesa,
muy segura de que estoy
subiendo las escaleras,
porque á lo mas, á las doce
y un segundo, yo en la puerta.
¿Es eso puntualidad?

JUAN. La mia á tanto no llega...
Pero hablando de otra cosa:
esta carta...

RUF. Cómo...

JUAN. Lea
usted...

RUF. (Abriendo el sobre y mirando la firma.)
¡Á mí escribirme un duque!

JUAN. Si tal, el duqne de Cuenca.
Lea usted.

RUF. Bueno... Veamos
qué nos dice su excelencia.
(Lee.) «Señor don Rufino Nuñez.—Muy se-
»ñor mio: Aunque no tengo el gusto de co-
»nocer á usted, tomo la pluma para dirigirle
»esta, á instancias de mi apreciable amigo y
»administrador el jóven don Juan Garcia, que
»prendado de las bellezas físicas y morales
»que adornan á su hija de usted...»
(Representando.)
¡Señor don Juan!...

JUAN. Continúe
usted.

RUF. (Te veo la oreja.)
(Lee.) «De su hija de usted, me suplica, pues
»carece de padre y yo puedo decir que lo
»soy para él, pida á usted por esposa en su
»nombre á su encantadora hija doña Inés Nu-
»nez. Mañana, si mis ocupaciones me lo per-
»miten, tendré el honor de verle en su casa.
»Aprovecha la ocasion para ofrecerse en lo
»que vale su servidor que besa su mano.—
»El duque de Cuenca.»
(Juan se sonrie con modestia.)
Esto ha sido una encerrona.

Vaya usté á no abrir la puerta,
cuando llamando está un duque,
y un duque como el de Cuenca.
Venga usté aqui, solapado.

JUAN. ¡Señor don Rufino!...

RUF. Y ella...
¿qué dice de?...

JUAN. Me recibe
muy amable y muy...

RUF. Etcétera.

JUAN. Mas sin permiso de usted,
don Rufino, no me hubiera
atrevido...

RUF. Mire usted,
todos los padres desean
casar sus hijos. Por mí,
como la muchacha quiera...

JUAN. ¡Oh! (Queriéndole abrazar.)

RUF. ¿Es decir que usted la amaba?

JUAN. ¡Si la amaba!... y es la estrella
que vá alumbrando mi paso...

RUF. Hombre, ¿y ella se franquea?

JUAN. Creo que si.

RUF. Pero ¿cómo
lo ha callado hasta la fecha?

JUAN. Creí que amaba á Luis,
y encerré mi amante pena
en el fondo de mi alma.
Pues la amistad que me estrecha
con él á mi honor obliga
á portarse con nobleza.
Mas hoy, que me he convencido
que ellos no se aman, quisiera,
antes que el *sí* de la niña,
de su padre la licencia.

RUF. Es usté un chico excelente,
y me honra sobremanera...

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA VIRTUDES.

VIRT. Rufino, ¿no has visto el tomo
tercero de la novela?...
(Buscando por la escena.)
RUF. Yo no he visto ningun libro:
ya sabes que es mi sistema
no abrir ninguno.
VIRT. Señor,
si yo le dejé en la mesa... (Busca.)
(¿Si habrá venido?... ¡Dios mio!
si no ha venido, que venga!)
RUF. Vamos á mi cuarto...
JUAN. Bueno...
RUF. Porque quiero que Inés sepa...
JUAN. ¿No fuera mejor que usted
solo...
RUF. Eso son pamemas.
Y despues, que yo dese
salir pronto de esta tierra.
JUAN. En fin, no insisto...
RUF. (Llamando.) ¡Damiana!
JUAN. (El negocio se presenta
cual deseaba.) (Sale Damiana.)
RUF. (Á Damiana.) Si viene
Luis, avísame.
(Entran Juan y D. Rufino en el gabinete. Virtudes coge por un brazo á Damiana, y la dice.)
VIRT. Espera.

ESCENA V.

DOÑA VIRTUDES, DAMIANA.

VIRT. ¡Damiana!
DAM. ¿Qué manda usted?
VIRT. ¿Regresó ya el señorito?
DAM. Aun no, señora.
VIRT. ¡Gran Dios!

DAM. ¿Está usted mala?
VIRT. (En lo íntimo
del corazon siento un eco
que me grita... ¡está perdido!...)
Oye, Damiana: al instante,
sin perder tiempo, es preciso
que me acompañes.
DAM. ¿Adónde?
VIRT. Al canal.
DAM. ¿Con este frio?
Cogerá usté unas tercianas,
y luego...
VIRT. Yo necesito
tranquilizar los dolores
de mi quebrantado espíritu.
DAM. Pues voy á llamar al médico,
y á la cama.
VIRT. Si el suicidio
acabó con ese jóven,
por tiranos perseguido,
entonces en un convento
buscaré mi último asilo...
DAM. (Esta señora está loca.)
VIRT. Damiana, ¿no me has oido,
ó no has amado en tu vida,
ó es tu corazon de risco?...
DAM. Pero, señora, si salgo,
¿quién cuidará del cocido?
VIRT. ¿Quién se acuerda de garbanzos
en estos momentos críticos?
Solo tú.
DAM. Pues está claro,
señora, ¡si ese es mi oficio!
VIRT. Prepárate, que ahora vuelvo:
voy á ponerme un abrigo.
DAM. Yo no dejo la cocina.
Pero calle usté, el domingo
iremos...
VIRT. ¡Horror, y es martes!...
(Aparece Luis por el foro. Viene con las manos en el bolsillo: una levita muy raida, abrochada: pálido. Entra sin quitarse el sombrero, y directamente

se dirige á la chimenea, coge una silla y se sienta.)

VIRT. ¡Cielos!... es él... ¡Qué abatido!

ESCENA VI.

DOÑA VIRTUDES, LUIS, DAMIANA.

LUIS. Damiana... mi almuerzo...
DAM. Voy.
¿Entrará usted?
LUIS. No, aqui mismo,
porque estoy helado... (Váse Damiana.)
VIRT. ¡Es él!
¡Qué pálido está, Dios mio!
(Virtudes se acerca á D. Luis.)
LUIS. Muy buenos dias, señora.
VIRT. ¿Qué tiene usted?...
LUIS. Mucho frio.
VIRT. (¡Desgraciado!).
LUIS. Y mucha hambre.
VIRT. (¡Infeliz!)
LUIS. Y muy rendido.
Figúrese usted, señora,
la noche la pasé en vilo.
VIRT. En despoblado.
LUIS. En la timba,
lo que viene á ser lo mismo.
VIRT. ¡La timba! Será un paraje
muy fúnebre, muy sombrio...
LUIS. ¡Qué! no señora, al contrario;
¡pues si es lo mas divertido!...
¡Si hay siempre cuatro ó seis cucas
que hacen punto!
VIRT. Ya adivino...
¡la casa del crímen!
LUIS. ¿Crímen?
Señora, usted por lo visto,
y por esos aspavientos,
ni es de Madrid ni del siglo.
VIRT. (¡Qué escucho!... Si, si; el dolor
le ha trastornado el juicio!)
LUIS. Pues sépalo usted, la timba

es una casa ó garito
donde van á refugiarse
catorce ó quince individuos,
y algunas viudas ilustres,
que en obsequio á sus maridos,
se les permite que rifen
una pluma... un acerico...
que apunten de á dos reales
y que fumen filipino,
pues todas son intendentas
ó cosas por el estilo.
Tampoco falta algun pego,
ni una encerrona, ni un mico,
y al pobre que se descuida
le dejan en calzoncillos.
Por no quedarme en la calle
busqué anoche allí un abrigo,
y salgo desabrigado...
hasta el gaban he perdido.
Pero Damiana no viene
y yo tengo un apetito...

VIRT. ¿Habrá usted sufrido mucho
en esa casa?...

LUIS. Muchísimo.

VIRT. Si yo hubiera estado allí,
con afán tierno y solícito...

LUIS. Allí no hace falta nada
mientras uno tiene trigo.

VIRT. ¿Se ha acordado usted?...

LUIS. ¿De quién?

VIRT. ¿De quién ha de ser?...

LUIS. No atino...

VIRT. ¡Ingrato!...

LUIS. ¿Si?... muchas gracias

VIRT. ¿Es usted olvidadizo?...
¡Yo he pensado en usted tanto!..

LUIS. ¿Si?... lo celebro infinito.
Yo solo pensé en mi cama.

(Sale Damiana con una bandeja, en donde trae el almuerzo de Luis.)

ESCENA VII.

DICHOS, DAMIANA.

LUIS. Gracias á Dios.
(Arrima un velador á la chimenea, coloca encima del velador la bandeja: se sienta y comienza á comer.)
Con permiso...
(Come con mucha prisa.)
VIRT. (¡El dolor le ha trastornado!
Dios castigue á los impios
que sin compasion le arrastran
al borde del precipicio.)
LUIS. ¡Estan buenas las chuletas!...
VIRT. No deje usted sus instintos.
El arte... la poesia...
la gloria...
LUIS. ¡Qué pan tan rico!
(Comiendo sin hacer caso de lo que le dice Virtudes. Damiana á su lado procura contener la risa, y le sirve todo cuanto Luis le pide durante la escena.)
VIRT. El espíritu engrandece,
lo sublima...
LUIS. Échame vino.
VIRT. Y el amor de la mujer...
LUIS. Acerca esos huevos fritos.
VIRT. Ya sabe usted, don Luis,
que puede contar conmigo.
Y si alguna nueva intriga...
LUIS. Si, si... ¡Calle, solomillo!
¡Es un almuerzo de príncipe!
Esta chica es un prodigio
en el arte culinario.
VIRT. Pues siempre tierno... solícito
será mi amor...
LUIS. La mostaza.
(Damiana le presenta el tarrito.)
VIRT. Pues si un corazon en lo íntimo
se inflama...
LUIS. Échameagua.
RUF. ¡Virtudes! (Desde dentro.)
VIRT. ¡Adios! Rufino

me llama. (¡Pobre muchacho!
¡Acabarán con su juicio!) (Váse.)

ESCENA VIII.

LUIS, DAMIANA.

LUIS. ¿Qué decia esa mujer?
DAM. ¿Con que usted no ha comprendido?...
LUIS. Nada. Yo solo me cuido
de lo esencial, de comer.
No hay como el hogar paterno.
¡Oh! riquísimas tostadas...
Basta de calaveradas,
sobre todo en el invierno.
Y esa vieja... ¡Ahora me rio!—
¿Si pensará que me atrapa?...
¿Hay por ahí alguna capa?
porque, chica, tengo frio.
DAM. Si, señor, en la antesala
se la dejó don Rufino.
LUIS. Vé por ella... Es del padrino.
(Damiana trae la capa, y Luis se la pone.)
Para el objeto no es mala.
DAM. Vamos, ¿qué tal se ha almorzado?
LUIS. Divinamente, Damiana:
creo que nadie te gana.
en el arte del guisado.
DAM. Gracias.
(Luis se emboza en la capa llevando el sombrero puesto, y arrima el sofá junto á la chimenea.)
LUIS. Acércate acá.
DAM. ¿Qué quiere usted, señorito?...
LUIS. Chica, tienes un palmito...
(Se queda mirando al sofá.)
—¡Oh! ¡gran mueble es el sofá!
(Se deja caer en él embozado.)
¿Tienes novio?
DAM. Lo he tenido,
pues me requirió de amores
un cabo de cazadores,
que se fué al moro.
LUIS. ¿Se ha ido?

DAM. Y como una no es muy rica,
siempre está desalquilada.
LUIS. (¡Pues si señor .. bien mirada
es muy bonita esta chica!)
¡Me gustas, Damiana!
DAM. ¡Si!...
Don Luis, usté es muy chancero.
LUIS. Lo dicho, dicho: te quiero...
Dime, ¿me quieres tú á mí?...
DAM. Vamos, calle usted por Dios:
si nosotros no podemos.
LUIS. ¿Por qué razon?
DAM. Porque haremos
mala pareja los dos.
LUIS. ¿Y tú te arredras por eso?
Pero, mujer, si hoy en dia
ya no hay clases... ¿qué seria
habiendo la del progreso?
Ahora no es inconveniente
para prosperar, la cuna;
porque hagas tú gran fortuna
no se ha de reir la gente.
Con que, yo estoy decidido:
vamos, chica, acércate.
DAM. Con el permiso de usté
daré una vuelta al cocido.
LUIS. Pero ven, mujer...
DAM. No quiero.
LUIS. Pues yo casarme prometo
contigo...
DAM. Estése usté quieto;
voy á espumar el puchero.
(Váse corriendo por el foro.)

ESCENA IX.

LUIS, solo.

¡Qué servicial y qué bella!
Sobre todo sus miradas...
En el ramo de criadas,
seguro, no hay dos como ella.
Bien mirado, es u absurdo

que cuando torne á su aldea
esa pobre chica sea
la propiedad de un palurdo.
Si el noble autor de mis dias
fuera un hombre razonable...
¡Pero qué... si en cuanto le hable
me dirá que son manias!
Y hace frio verdadero:
bien la cuca se quejaba,
que su barómetro estaba
á tres grados bajo cero.
(Acercándose á la chimenea y embozándose en la capa.)
¡Qué bien la vida se pasa
en el seno del hogar! (Pausa.)
¡Pero es muy particular
la quietud que reina en casa!
(Se levanta, bebe un trago de vino y se vuelve á sentar.)
Y este vinillo conforta...
¡Aaah!... Pues, señor, lo confieso;
yo seré un hombre de peso
á la larga ó á la corta.
La vida de calavera
es una vida cansada... (Bosteza.)
¡aaah!... Confieso que me agrada
Damiana... y si ella quisiera...
Ya voy entrando en calor...
y pues nadie me melesta,
la ocasion mejor es esta...
para... dormir... si... el amor...
(Se duerme.)

ESCENA X.

LUIS, RUFINO, sale del cuarto de la derecha.

RUF. Mientras les cela la tia,
vamos á ver si llegó...
(Se dirige al foro.)
LUIS. ¡Juego! (Soñando.)
RUF. (Deteniéndose y mirando todo.)

¿Qué?... Me pareció?..
(Sigue andando.)

LUIS. ¡Á la sota! (Soñando.)

RUF. (Deteniéndose.) Juraria...
que... Pues es particular...
(Escucha con atencion, y luego dice.)
Vamos, será una aprension...
(Sigue andando.)

LUIS. (Soñando,) Vá contra un napoleon
esta caña de pescar.
(D. Rufino vuelve á la escena.)

RUF. ¡Quién vá!...

LUIS. (Soñando.) ¡El cuatro!... ¡Reniego!...
(D. Rufino se dirige hácia donde resuena la voz y reconoce á Luis.)

RUF. ¡Calla... Es Luis!

LUIS. (Soñando.) Maldita cuca;
todo el juego me trabuca.

RUF. ¿Qué dice de cuca?...

LUIS. (Soñando.) ¡Juego!

RUF. ¡Hola!... ha jugado...

LUIS. (Soñando.) Otra prueba...
Al dos...

RUF. (Llamándole.) Luis...

LUIS. Vaya usté á paseo.
(Se vuelve bruscamente del otro lado.)

RUF. Me gusta... Pero, ¡qué veo!
(Reparando en la capa.)
¡No hay duda: es mi capa nueva!

LUIS. Damiana... te amo. Á mi amor
muéstrate una vez humana.
Dime si me amas, Damiana;
te lo pido por favor.

RUF. ¡Jugador y libertino!...
¡Pues es un grano de anis!
(Luis dá otra vuelta y se arrolla la capa por la cabeza.)
Mi pobre capa... ¡Eh, Luis! (Sacudiéndole.)

LUIS. (Levantándose.)
¡Qué!... Buenos dias, padrino.

RUF. ¿Con que ama usté á la fregona?

LUIS. Si, señor.

RUF. ¿Con que usted juega?
LUIS. Si, señor.
RUF. ¡Y no lo niega!
LUIS. ¿Qué he de negar, si es tan mona!
¿No le gusta á usté el gracejo
y aquel palmito agraciado?...
RUF. ¡Calle usted, desvergonzado!
LUIS. Me olvidaba... usted ya es viejo,
y ya no es fácil que vea
lo que uno á los veinte vé.
(Luis se acerca á la chimenea y arregla el fuego. D. Rufino le coge del brazo, le conduce al proscenio y le dice:)
RUF. Pero, hombre, ¿se atreve usté
á tocar la chimenea?
LUIS. Pues es claro...
RUF. ¡Qué osadia!
LUIS. ¡Pues si hace un frio bestial!
RUF. Luis, eres un criminal...
LUIS. ¡Criminal!...
RUF. ¡De sangre fria!
LUIS. ¡Don Rufino! (Acercándose á él.)
RUF. (Retrocediendo.) Apártate.
LUIS. ¡Pues vaya que es mucho afán!
RUF. Por tu carácter, con Juan
se casa Inés.
LUIS. ¡Y á mí, qué!
Logro de la dicha el colmo
si la criada me quiere.
RUF. ¡Necio del necio que espere
que le dé peras el olmo!...
LUIS. Cuando salga el papá aqui
le hablo del caso, y en paz.
RUF. Pero, hombre, ¿serás capaz
de hablar á tu padre?
LUIS. ¡Si!
RUF. ¡Y los seis mil... desgraciado!
LUIS. ¿Qué seis mil?
RUF. ¡Ya no se acuerda!
LUIS. Como la paciencia pierda...
RUF. Tu padre está arruinado.
LUIS. ¡Cómo!...

RUF. Di, ¿no te horrorizas
solo al pensar que tu mano
la fortuna de un anciano
ha reducido á cenizas?

LUIS. ¡Yo!...

RUF. ¡Tú! que con los borrones
de tu drama, al fuego echaste
seis mil duros... ¡Te portaste!

LUIS. (Cogiéndole del brazo.)
¡Seis mil duros!

RUF. Si: en acciones
de carreteras, que habia
sobre esa mesa.

LUIS. (Asustado.) ¡Oh!

RUF. Ese ha sido
el bien que nos ha traido
á casa tu poesia.

LUIS. Lo que usted dice ¿es verdad?

RUF. Lo mismo que soy Rufino.
Á tu padre el desatino
le cuesta una enfermedad.

LUIS. ¿Con que al fin la ligereza
que todos me han reprendido,
á mi buen padre ha sumido
á su edad en la pobreza?
¿Con que por no poner tasa
á mi imbécil travesura,
he sembrado la amargura
y el dolor en esta casa?
¿Con que yo soy un mal hijo?
¿Con que mi padre tenia
razon cuando me decia:
«Tú me matarás de fijo?»
¿Con que el culpable soy yo?
¿Con que se me casa Inés
con otro?... ¡Ah!... si, eso es.
Adios: esto se acabó.
Mi redencion aqui empieza.

RUF. Pero ¿adónde vas?

LUIS. Adios.
(Ó me la parten en dos,
ó siento al fin la cabeza.)

RUF. Hombre... escucha...
LUIS. (Dirigiéndose al foro.) Nada, nada.
Cumpliré con mi deber.
RUF. ¿Adónde vas?
LUIS. Voy á hacer
mi última calaverada.
(Váse por el foro.)

ESCENA XI.

D. RUFINO.

¿Si se irá á matar?... ¡Damiana!
¡Inés! ¿No hay quien le socorra?
¡Inés!
(Viendo salir á Juan, Inés, Virtudes y Damiana.)
¡Ah! Corra usted, corra
detrás de ese tarambana.

ESCENA XII.

D. RUFINO, INÉS, JUAN, VIRTUDES y DAMIANA.

INÉS. ¿Pero qué sucede aquí?
JUAN. ¿Qué pasa?
RUF. Que echó á correr
ese trueno de Luis,
en cuanto le revelé
la quema de las acciones,
diciéndome: «Voy á hacer
la última calaverada.»
VIRT. Corramos... ¡pobre doncel!
al fin lo han precipitado!
(Virtudes se dirige al foro. D. Rufino la coge por un brazo y la baja al proscenio.)
RUF. Señora, ¿qué vá usté á hacer?
VIRT. Á evitar una catástrofe.
RUF. La catástrofe es usted.
VIRT. ¡Rufino!
RUF. Calla, Virtudes;
no armemos otro belen.
Señor don Juan, por favor,

corra usté en su busca.

JUAN. Iré.
Hasta luego: (Adios, Damiana.) (Al paso.)

DAM. (¿Hay boda?) (Á Juan.)

JUAN. (Dentro de un mes.) (Váse.)

RUF. Yo corro á hablar con Antonio.
Como Dios nos saque en bien,
mañana mismo á Albacete.

INES. ¿Mañana?

RUF. Lo dicho, Inés.
(Entra en el cuarto de D. Antonio.)

ESCENA XIII.

INÉS, DAMIANA, VIRTUDES.

VIRT. (Cogiendo un libro y sentándose.)
(En mi cerebro se agrupan
mil ideas en tropel,
que solo tú, libro amigo,
las puedes desvanecer.)

DAM. ¿Con que don Juan se explicó?... (Á Inés.)

INES. Si...

DAM. Me parece muy bien.

INES. Mi padre se empeña...

DAM. Es claro.

INES. Yo debo obedecer.

DAM. Es muy buen chico.

INES. Mi padre
siempre se hace lenguas de él;
y pues mi padre lo dice,
será verdad.

DAM. Claro es.

INES. Á mí me parece fino,
amable...

DAM. Y á mí tambien.

INES. Y no es tan mal parecido,
¿no es verdad?

DAM. ¡Qué lo ha de ser!

INES. Luego, su conversacion.
es amena...

DAM. Si lo es.

INES. Y quiere mucho á mi padre,
muchísimo.
DAM. Ya lo sé.
INES. Y luego, segun parece,
se toma un duque interés
en nuestra boda.
DAM. ¡Caramba!
pues le debe usted querer,
porque un duque, segun creo,
es mucho mas que un marqués.
Y usted, ¿dejará á su padre
cuando se case...
INES. No sé:
aun de nada hemos tratado.
Eso se hablará despues.
DAM. Si le falta á usted criada
y de mí se acuerda usted,
yo, señorita, en servirla
siempre tendria un placer.
INES. ¿No te hallas aqui contenta?
DAM. Á la verdad no estoy bien;
porque el señorito Luis...
vamos... ya me entiende usted.
Me requiebra, y no conviene
que yo esté muy cerca de él.
VIRT. Don Luis no puede ocuparse, (Se levanta.)
de una criada soez.
DAM. ¿Y usted, qué sabe, señora?
VIRT. Demasiado que lo sé.
Conozco las impresiones
de su corazon novel.
¿Cómo quieres que un mancebo
ardiente como Wertert,
con una imaginacion
fantástica como Gohet,
tenga el gusto deplorable
y criminal á la vez,
de ocuparse de una... cosa
que se ocupa... de barrer?
DAM. ¡Señora doña Virtudes,
que me está faltando usted!
VIRT. Mi educacion ni mi clase

me permiten descender
hasta la cocina. He dicho. (Coge el libro y lee.)

DAD. Pues sepa usted que yo y él,
no hace mucho, reimos
de las tontunas de usted.

VIRT. ¡Insolente!

DAM. Poco á poco.

INES. Tia...

VIRT. No me hables, Inés.
Á la cocina.

DAM. No quiero,
que aqui me encuentro muy bien,
y rabie el que rabie, ¿estamos?
Que entre mi cara y mi aquel
y las caras de otras momias,
no es dificil escoger.

VIRT. ¡Voy á arrancarte la lengua!

DAM. Vaya, no se acerque usted,
porque yo tengo una mano
que ni la del almirez.

VIRT. ¡Amenazas!
(Levanta la mano para tirarla un libro. Damiana se cuadra delante de ella. Inés se coloca entre las dos.)

INES. ¡Pero, tia!...
Véte, Damiana.

DAM. Me iré,
solo porque usted lo manda,
que si no armaba un belen... (Váse.)

ESCENA XIV.

VIRTUDES, INÉS.

INES. Pero, tia, usted se olvida
de sí misma.

VIRT. Ya lo ves;
la culpa la tiene ella.

INES. La culpa la tiene él,
que con su carácter vano
hizo el amor á las tres.
Pero usted nunca debió...

VIRT. Ya la vas á defender...
¡Jesus! Es una desgracia
vivir entre gentes que...
(Coge el libro y se pone á leer. D. Antonio y Don Rufino salen por la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS, D. ANTONIO, D. RUFINO.

RUF. Vamos, vamos, no te apures.
ANT. ¿Por qué no echaste á correr
detras de ese calavera?
RUF. ¡Si salió como un lebrel!
Yo no tengo las piernas
para...
(Aparece D. Juan en el foro precipitadamente.)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. Por fin lo encontré.
ANT. ¿Pero dónde está?
JUAN. Muy cerca.
ANT. Corramos...
VIRT. Si...
JUAN. El caso es
que ya no tiene remedio.
INES. ¡Cómo!
ANT. ¿Remedio?
VIRT. ¡Qué!
RUF. ¡Qué!
JUAN. Por mas que le he suplicado
no le pude convencer,
y se está vistiendo...
ANT. ¿Adónde?
JUAN. Ahí cerca: en el cuartel.
ANT. Hombre, por las once mil,
¿se quiere explicar usté?
JUAN. Le juro á usted, don Antonio,
que yo en su lugar tal vez...

pues lo que hizo con franqueza,
le debe enorgullecer.

ANT. ¿Pero quiere usté explicarse?

JUAN. Si, señor, me explicaré.

(Luis aparece en la puerta del foro. Viene vestido de cazador. Todos corren hácia él.)

ANT. ¡Luis!

LUIS. ¡Padre mio!

INES. ¡Soldado!

VIRT. ¡Vaya, y le sienta muy bien!

ESCENA ÚLTIMA.

D. ANTONIO, LUIS, D. RUFINO, JUAN, INÉS, VIRTUDES.

ANT. ¡Ah, qué has hecho, desgraciado!

VIRT. (¡Qué figura tan airosa!)

LUIS. Ya lo vé usted, poca cosa:
sentar plaza de soldado.
Ví que yo la causa era
de todo lo que pasaba,
y me dije: aqui se acaba
la vida de calavera;
y á la calle me lancé
buscando una muerte cierta.
Mas junto á la misma puerta
á dos ancianos hallé.
Lloraban: por su dolor
pregunto, y dice la anciana:
lloramos porque mañana
nuestro hijo se vá, señor.
Es soldado y vá á cumplir
con su deber como bueno;
pero nos deja en el seno
de la miseria al partir.
Como él nuestro sosten era,
como él nuestro pan ganaba,
si él se marcha, el pan se acaba,
la miseria nos espera.
Entonces corrí al cuartel,
locos de placer detrás

los viejos... y... nada mas;
voy á la guerra por él.
¡Oh! no tema usted que allí
me maten los africanos,
que Dios oye á esos ancianos
que estan rogando por mí.
Que el que lleva en su conciencia
un rasgo que le enaltece,
por todas partes le ofrece
su apoyo la Providencia.

ANT. ¡Hijo!...

INES. ¡Luis!...

RUF. Tu proceder
es muy noble.

JUAN. Amigo...

LUIS. Juan!
(Cogiéndole la mano y mirando á Inés.)
Hazla dichosa, truhan,
que bien lo merece ser.
—Vaya, padrino, esa mano... (Se la dá.)
¿Me perdonas? (Á Inés.)

INES. Yo, ¿de qué?
(Enjugáudose las lágrimas.)

LUIS. Desde hoy, si quieres, seré
tu buen amigo, tu hermano.
(Viendo á Doña Virtudes, que llora.)
¿Por qué llora usted, señora?

VIRT. Por usted.

LUIS. Al áusentarme
le prometo no casarme.

VIRT. Sin embargo, si una mora...

ANT. ¿Y si en la guerra cruel
te matan?... mi desconsuelo...

LUIS. Si me matan, iré al cielo,
si no... seré coronel.
Con mi suerte estoy contento,
y créame usted, papá,
su hijo de usted no será
mal visto en el regimiento.
Vamos, basta de llorar:
haré carrera, de fijo,
y pues he sido mal hijo

voy á ser buen militar.
Y si llego á perecer
en la sangrienta campaña,
habré muerto por España
cumpliendo con mi deber.

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Hallándome una noche en el teatro del Príncipe, en el cuarto de mi apreciable amigo el primer actor D. Manuel Catalina, y preguntándome dicho señor cuándo le entregaria el resto de mi comedia *El movimiento contínuo*, que debia ejecutarse el 24 de Diciembre (esto era el 14 de dicho mes), vimos entrar á nuestro apreciable amigo el distinguido poeta D. Narciso Serra.

Enterado de nuestra conversacion y á las pocas palabras cambiadas entre los tres, Catalina le dijo que por qué no me versificaba un par de escenas, con lo cual concluiria un dia antes la comedia.

El Sr. Serra, por única respuesta, pidió papel y pluma y se sentó en una butaca.

El favor estaba pedido, mi amigo Serra dispuesto á hacerlo: yo accedí gustoso y presenté dos escenas en prosa, que Serra versificó á presencia nuestra en menos de tres cuartos de hora, con una facilidad pasmosa.

Acto continuo se leyeron y se aprobaron con dos condiciones.

La primera, que yo, si lo tenia por conveniente para la buena marcha de mi comedia, podia añadir y quitar versos.

La segunda, que se me permitiera poner una

nota en los ejemplares impresos citando las escenas y orígen de ellas.

Á esta segunda condicion se negó, atendido á la poca importancia de su trabajo, mi amigo Serra, con una delicadeza y generosidad que le agradezco, y solo despues de muchos ruegos permitió se pusiera la advertencia que antecede.

Hecha esta aclaracion, importante para todo escritor que se aprecie en algo, solo me resta decir que yo soy el único responsable de todo lo que encierra en su seno la presente comedia, y dar las gracias á mi querido compañero y amigo D. Narciso Serra.

Escrich.

Madrid 22 de Diciembre de 1859.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Sueños de amor y ambicion.
La córte del rey poeta.
Juan el Tullido (segunda edicion).
El ángel malo.
La muerte de Jesus.
Retratos y originales.
La hija de Fernan Gil.
Juan Diente.
Herencia de lágrimas.
La dicha en el bien ajeno.
El cura de aldea (segunda edicion).
La mala semilla.
El rey de bastos.
El movimiento contínuo.

EN UN ACTO.

Los extremos.
Calamidades.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico).
Ver y no ver.
¡Alumbra á tu víctima!...
Las garras del diablo (juguete lírico).
El maestro de baile (segunda edicion).
La mosquita muerta (segunda edicion).
Géneros ultramarinos.